

Oswaldo Molinari Herrera

*Cuentos Breves Para Leer...
Sin Diccionario*

Por el grosor del polvo en los libros
de una biblioteca pública puede
medirse la cultura de un pueblo...

JOHN STEINBECK

CUENTOS BREVES PARA LEER... SIN DICCIONARIO

Dedicado al maestro y gran amigo:

EDUARDO DÍAZ ESPINOZA

Escritor, crítico literario, poeta,
profesor, ex Presidente de la SECH

cuyo lema era:

*“Moriré leyendo y escribiendo, como lo sé hacer,
a mi manera”*

PRESENTACIÓN

Conozco a Osvaldo Molinari H., desde hace dos décadas. Es un nortino de corazón porque entre los tres periodos que ha vivido en Antofagasta suman ya casi 30 años. Nació al sur de Santiago. Se crió con sus abuelos maternos. Hijo y nieto único. Su abuelo, se desempeñó como Director de Escuela Pública en muchos pueblos y ciudades de la zona central. En cada traslado de un nuevo recinto escolar, mi amigo siendo niño pequeño, debía viajar junto a ellos. Por esa razón, vivió la mayor parte de su niñez deambulando por innumerables salas de clases de escuelitas rurales que dirigía su abuelo materno.

Este accionar, le facilitó la tarea para aprender a leer y escribir a muy temprana edad. No cumplía los cinco años de edad y ya era un asiduo lector de la revista “El Peneca”.

Sus abuelos, en cada localidad donde ejercieron como maestros, formaron: grupos folklóricos donde se les enseñaba a los niños a cantar tonadas, bailar la cueca y a conocer los grupos y cantantes famosos de esa época. También, crearon equipos de gimnasia, talleres de elaboración de juguetes en madera, roperos escolares para ayudar a solucionar problemas de vestuario entre los habitantes del sector.

Resguardando la educación en cada localidad donde diri-

gía una escuela, su abuelo solicitaba un caballo al reten de carabineros del pueblo y salía a recorrer las vendimias y potreros en busca de niños en edad escolar para traerlos de vuelta a clases.

Lo más destacable de sus viejos, fue la formación de escuelas nocturnas para campesinos. Nos relata Osvaldo que, pasadas las nueve de la noche, llegaban hasta la escolita, rudos campesinos con sus sombreros en la mano, sus atuendos de trabajo y la infaltables ojotas: (tiras disecadas de cuero de animal que servían de cordones para amarrar unas suelas hechas en base a trozos de neumáticos). El mayor porcentaje eran adultos mayores.

Me cuenta que era impactante ver como con sus curtidas manos por el duro trabajo de muchos años, trataban de escribir en forma torpe y avergonzada, con un pedazo de tiza, las vocales y los números en el pizarrón.

Osvaldo a la edad de 8 años, autorizado por su abuelo, enseñó durante varios meses a un grupo de 6 campesinos a conocer el abecedario, a escribir palabras tales como mamá, papá, pan, agua, etc., las que después podían leer. El mayor logro para ellos era cuando lograban escribir, una y otra vez su propio nombre.

Pasaron los años y sin descuidar sus estudios de enseñanza media y en la Universidad, desempeño múltiples oficios tales como: Inspector auxiliar de salubridad, operador de maquinas National, locutor de varias radioemisoras. En un periodo de crisis por allá por los años 80, no titubeo para cargar sacos de harina, canastos con pan caliente y vender periódicos. Luego, fue chofer de mudanzas, entrenador de equipos de voleibol, presidente de federaciones nocturnas de estudiantes y dirigió sindicatos.

El Campo de la venta ha sido y es su plato predilecto. Se ha

desempeñado como vendedor, supervisor, product manager, jefe de ventas y gerente zonal en múltiples empresas nacionales e internacionales a lo largo del país. Con esta labor, ha podido conocer casi todo el país. Ciudades, pueblos, puertos, villorrios de todas las regiones han formado parte de sus habituales recorridos.

Hoy, recorre a “lomo de buses” desde la primera a la tercera región en representación de una famosa empresa industrial chilena.

Ha visitado varios países de Sudamérica tales como Perú, Uruguay, Argentina, Paraguay y Brasil.

Su madre, Valentina Herrera, poetisa escritora, fue una de sus tres fuentes inspiradores para escribir.

También, en su niñez lo marcó el hecho de estudiar en el Liceo de Hombres de Rancagua y conocer a la Sra. Isolde de Castro (viuda del insigne poeta Oscar Castro), quien le dio a conocer pasajes de la vida de su esposo y algunas de sus obras. Luego, fue su profesor de Literatura el escritor Luis Gahona. Todos ellos, sumados a los contactos con gente de su país y de distintas latitudes, lo motivó para empezar a escribir relatos, poemas y cuentos los que dio a conocer, al principio, en revistas laborales de connotadas empresas nacionales y extranjeras.

Con el correr de los años, sus escritos han formado parte de 14 Antologías (España, Argentina y Chile). También se han hecho presentes en dos Antologías digitales. Varios de sus trabajos han sido publicados en Antofagasta.

Ha obtenido premios por primeros lugares en poesía en las ciudades de Madrid y Almería en España. También, en las ciudades de La Plata y Buenos Aires en Argentina.

Hoy, preside la Agrupación Literaria “Norte Grande”, y es miembro de la Comisión Chile + Cultura II Región.

El año pasado, dio vida a su libro denominado “Obreros del Salitre, epopeya de miles”, en el cual, mediante cuentos, poemas, relatos y citas históricas, nos recordó parte de la desgarradora hazaña de los trabajadores del salitre y sus familias.

Junto con ofrecernos una síntesis de los hechos ocurridos en esa época, entre líneas solicitó a la comunidad, evitar y terminar con el odioso y cruel olvido por este patrimonio de la humanidad que son las salitreras y los cementerios diseminados en el desierto de Atacama.

El libro contó con el apoyo del Gobierno Regional y del Consejo Regional de la Cultura y Las Artes. Se entregaron en forma gratuita, cerca de 2.000 tomos a las escuelas municipalizadas, centros de ex-obreros del salitre, sindicatos y agrupaciones literarias y artísticas de nueve localidades y ciudades de la II Región.

No dudo al afirmar, que este nuevo trabajo literario de Osvaldo Molinari H., será un buen aporte para incentivar la lectura en las distintas poblaciones de nuestra región.



Edgardo Ángel Correa Bugueño
Escritor-Comediógrafo
Director Folklórico Consejo
Cultural de la Música
UNESCO

Introducción

Me declaro un lector empedernido desde la niñez. Un poeta y un escritor, con empleos y oficios diversos desempeñados durante décadas. Entre ellos, el de un vendedor viajero recorriendo ciudades y pueblos en casi todo Chile. Este último trabajo, me ha permitido conocer gente, costumbres y leyendas en la mayor parte del país. Con ese bagaje de experiencia, me propuse hace muchos años atrás, dar vida a un libro con cuentos simples, escritos en un vocablo directo y sin términos elevados. Es decir, que estos no obliguen a los lectores a recurrir a un diccionario para poder dilucidar el término o la palabra empleada. Al respecto, una vez leí en una revista lo siguiente:

<<Hay quienes confunden la literatura con la didáctica saturada de expresiones o frases hilvanadas con términos rebuscados, tratando de hacer sentir con sus difíciles palabras, que cada lector es un párvulo que requiere de un diccionario para comprender sus obras>>

Debido a ello, los variados temas de estos breves y sencillos cuentos podrán ser, desde perspectivas distintas, conectados con la antigua y la actual forma de vida en nuestro país.

Con ellos, se pretende mejorar la sensibilidad por la lectura en aquellos sectores de la población que, por razones económicas y laborales, no se sienten motivados para abrir un libro. El hábito de la lectura debe nacer en el hogar y desarrollarse en la escuela o en la vida

cotidiana. En la casa con los relatos y los cuentos maternos. En la escuela con la práctica diaria.

La mayoría de los adultos deberíamos ser <<personas mayores con ojos de niño lector>>

Los avances de la tecnología han relegado el hábito y el placer de la lectura. Es alarmante el porcentaje de los que no leen o de aquellos que leen mal.

Este es un problema a nivel mundial. El ilimitado beneficio que deja la buena lectura con el correr de los años, ante la indiferencia por leer, se está trabajando para recuperar ese maravilloso hábito. Se programan Ferias nacionales e internacionales del libro, eventos literarios, talleres, creación de más bibliotecas escolares y de adultos, etc.

No existe edad para leer. Tenemos que recuperar el hábito de la lectura. Lograr que los niños y los jóvenes vuelvan a leer es tarea de padres, profesores, políticos, psicólogos, organizaciones gubernamentales de la cultura, etc.

En la ciudad de Almería, España, un grupo de pediatras, psicólogos, maestros y bibliotecarios, formaron la Asociación <<Nacer para Leer>>. En ella, exponen: <<que se ocupan de fomentar el hábito por la lectura desde los primeros días de un recién nacido. Cada uno de ellos, observan y analizan el comportamiento de los niños frente a un libro, sus imágenes, el relato, la representación y la lectura misma. En la medida que se estimula se logra despertar el placer de la lectura>>.

La Comisión Chile + Cultura de la región, de la cual soy miembro, ha detectado el bajísimo porcentaje de lectura que existe en la mayoría de las poblaciones a nivel de jóvenes y adultos. Esta realidad, aceleró aún más mi idea de lanzar un libro con 20 cuentos de temática

sencilla.

Este proyecto de breves cuentos que presentamos a la consideración de futuros lectores, no habría sido posible sin el sólido respaldo del Consejo Regional de Antofagasta (CORE) y, del Consejo Regional de la Cultura y las Artes, Región de Antofagasta. Este valioso apoyo, permite que la obra se reparta en forma gratuita entre Centros de Madres, Juntas de Vecinos, Hogares de Ancianos, Sindicatos y Colegios Municipalizados de la II Región.

Oswaldo Molinari Herrera

La revancha del águila

Ése viernes, casi a la hora del cierre, me llama el Jefe y sin mayores rodeos, me comunica que estoy despedido. La razón es simple: porque ya tengo una edad suficiente para irme a descansar. Luego, añade que la empresa agradece el tiempo que les dediqué. Agrega, que no olvide de retirar el lunes todas mis pertenencias. Eso sí, me advierte que para evitar reclamos posteriores, deberé leer detenidamente el finiquito, el cual tendré que firmar ese mismo día ante notario.

Mi asombro es inmenso. Quedo triste y desconcertado. Trato de entender sus aceleradas frases y luego, pretendo obtener de él una explicación más humana. El Jefe, con su acostumbrada frialdad, da por terminada la reunión y se retira de su oficina. Yo quedo de pie y en silencio. Hay una mano invisible que atenaza mi garganta. Por varios minutos me acompaña una mezcla de impotencia y de amargura.

Pasan los minutos. Siento que bajo mis pies se abre un negro abismo producto de la incertidumbre por el futuro que tendré a partir de dos días más: Las deudas, los compromisos y los gastos con la familia se suman al total de mis años. Es una gran verdad que mi edad actual será un serio impedimento para ubicar otro trabajo con la renta que percibo hoy.

Pasan varios minutos y sigo solo en esa gran oficina. Con un tono de tristeza, pregunto en voz alta - ¿de que sirvió mi trabajo, mi lealtad, mis años de vida dedicados durante tantos años a esta empresa ?

Siento que la garra invisible de la emoción aprieta más y más mi cuello. Me falta aire, varias lágrimas se deslizan por mi cara

y caen sobre la elegante alfombra de color burdeos que cubre todo el piso de su oficina. Esta es una de tantas cosas bellas y caras que trajo el Gerente desde su último viaje a la India, junto a otros objetos de arte .

Pasan varios minutos. La noticia de mi despido me ha dejado paralizado y me cuesta dejar su elegante oficina. Mis piernas flaquean y busco donde sentarme.

Mientras me sueno y limpio mis lágrimas, recorro con la vista todo lo que me rodea. Diplomas, objetos de arte, figuras en marfil, etc. Al final, mi mirada se detiene en un águila disecada que el gerente (que a partir de ahora deberé llamarlo como “mi ex Jefe”), en cada aniversario o fiesta de fin de año, orgulloso contaba a todo el personal de la empresa, que él le había dado muerte y luego, la había hecho embalsamar para colocarla en la pared que estaba a sus espaldas .

No sé porqué pero, en ese instante, al mirar el ave, recordé que muchas veces nos relató la cruel historia de haberla ultimado a balazos junto a sus pequeños críos durante una de sus cacerías donde participaba con sus amigos empresarios.

Luego, vuelvo a recordar que ahora estoy cesante y siento por mis venas como se desliza un odio feroz por la frialdad que el patrón tuvo para despedirme. -Lo maldigo mil veces-. Nuevamente cruzo la mirada con la del ave embalsamada. Me levanto y camino hacia ella. La miro y le acaricio su cuerpo. Pienso que mi pena por perder el empleo es mínima con el dolor que ella habrá sentido al ver, antes de morir, como sus polluelos eran ultimados a tiros de escopeta.

Es tanta mi ira contra el Jefe, que le deseo lo peor. Incluso, imagino verlo en una escena donde muere por accidente.

Hasta puedo ver su cadáver putrefacto el cual es presa de aves de rapiña que picotean su rostro.

Sonríó amargamente y salgo de su oficina. Es viernes, día muy especial para los aventureros nocturnos y para los cesantes como yo. Camino despacio y sin rumbo fijo.

No deseo llegar a casa y dar explicaciones por algo inexplicable. Casi sin pensar, me detengo y penetro en un recinto plagado de

humo, alcohol y amigas de la noche. Transcurren varias horas mientras bebo y deporto con mujeres que trabajan en ese boliche. En la madrugada, tambaleante, me dirijo hasta mi hogar. Todos duermen. Con dificultad, antes de caer rendido por el alcohol y el cansancio, escribo una nota para el ex –jefe donde le digo que mi despido es injusto y que mi mayor deseo es que algún día sea castigado y se encuentre con la muerte.

Duermo durante la mayor parte del día sábado y la mañana del domingo. Todos los integrantes de mi familia, se marcharon por el fin de semana a casa de la abuela. Me levanto a comer algo mientras, nervioso pienso a cada rato en mi cesación del contrato y en mi incierto futuro. Busco en el velador de mi mujer y encuentro unos comprimidos para dormir. Saco uno del frasco y junto a un vaso de agua, lo trago rápidamente. Pasan treinta minutos y me voy a la cama. La pastilla hace efecto y al poco rato , me quedo dormido.

Llega el lunes. Me visto y no tomo desayuno. Me despido de mi mujer y salgo a la calle. Necesito aire. Camino sin prisa. Los nervios me traicionan y me duele el estómago. Pese a ello, me digo que cumpliré hasta el último día presentándome en forma puntual a las 08.30 para firmar el finiquito.

Al doblar la esquina donde se encuentra la empresa, algo me causa extrañeza; Hay mucha gente en las afueras. El edificio está acordonado por fuerzas policiales. Me acerco y al querer ingresar, me piden identificación para dejarme pasar. Pregunto que sucede y un carabinero me explica que ocurrió un asalto en horas de la mañana del sábado pasado. Mi ex-Jefe opuso resistencia y lo asesinaron.

Al oír al funcionario policial, quedo mudo y me cuesta creer que haya sucedido algo así.

Sigo escuchando su relato y mi asombro es aún mayor cuando me dice que su cadáver esta siendo analizado por un grupo de criminólogos especialistas. Yo le pregunto el motivo y me responde: lo que pasa mi amigo, me dice, es que nadie se explica que luego de recibir los disparos de los asaltantes, entrara a su oficina algo parecido a un ave de rapiña que le desfiguró el rostro...

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

Lección de vida

El fino y elegante hombre de negocios abrió la ventana de la pieza donde estaba y miró hacia la calle. Recorrió lentamente con su mirada los tejados cubiertos de polvo por la eterna falta de lluvia en esa árida zona del norte. Luego, sus ojos se detuvieron en una pequeña plaza casi desierta que estaba a un costado del pequeño hotel donde se alojaba.

Sintió en el rostro, las palmadas de un cálido viento, el cual se empeñaba en jugar con tres árboles sedientos, casi sin hojas y con algunos arbustos de colores imprecisos.

Varios perros vagos se arrimaban a sus huesudos troncos para escapar del calor de ese sol de verano pampino que abraza sin piedad hasta la llegada de las primeras sombras de la noche.

Una pequeña capilla lejana con su campana de lastimero sonido, llamaba a sus fieles.

El hombre giró su cuerpo y observó la pequeña habitación donde se encontraba. Estaba dotada con un frigobar y un televisor.

Sobre la cama, tenía varias carpetas repletas de papeles junto a un computador portátil y un celular.

Miró sin ver. Sentía una mezcla de aburrimiento y de cansancio. El hastío y la melancolía lo tenían al límite de los nervios. No quería seguir viajando miles de kilómetros en distintas líneas aéreas.

Añoraba la lujosa oficina de su empresa.

Cada ciudad o región recorrida en pos de nuevas inversiones, lo alejaban de sus comodidades que en ese momento recordaba con ansias.

Cerró los ojos e imaginó la piscina con agua temperada. Los viajes a su parcela en el nuevo automóvil. Las películas DVD que proyectaba en una gigante pantalla plana de 50 pulgadas. Los asados de los días sábados junto a sus amigos, los que eran regados por vinos y licores finos. Las reuniones en un club exclusivo para empresarios y las múltiples actividades sociales.

Al realizar estas travesías por nuevas inversiones, todo eso quedaba atrás. Transcurría el mayor tiempo de su vida, firmando contratos y acumulando dinero. Ese era su diario vivir, año tras año.

No se percató cuando sus hijos pasaron de niños a la etapa de adultos. También, la mayor parte de sus 25 años de matrimonio transcurrieron inadvertidos.

Cerró nuevamente los ojos. Suspiró hondo. Decidió caminar para evitar la melancolía. Abrió la puerta y bajó lentamente por la escalera hasta el primer piso.

Estaba desorientado. Sentía hastío por esa rutina como nunca antes lo había experimentado.

Dirigió sus pasos hasta la pequeña plaza. No habían muchos bancos y eligió uno con menos decorados de palomas.

Se sentó y encendió un cigarrillo. Contempló el cielo y su mente voló en forma mágica hasta el pórtico de su mansión.

Una voz y una pregunta cerca de su oído, volatizó sus pensamientos...

-¿Podría usted ayudarnos? escuchó que le decía un anciano acompañado de otro viejo que se encontraba postrado en una silla de ruedas.-

Pensó en una limosna y contesta en forma fría:

-Lo siento, no tengo monedas-

El anciano responde:

-Señor, no queremos dinero, necesitamos una persona para que nos ayude en el aniversario de nuestro hogar.-

El hombre, desorientado, les dice:

-No entiendo lo que Usted me pide-

El anciano lo mira y luego, le explica. Le informa que en el pueblo existe un pequeño recinto que sirve de asilo a casi 50 indigentes y que ese día, celebran un aniversario más de su creación... Para ello, requieren de una persona con educación para que anuncie a viva voz las actuaciones preparadas para tal evento.

El hombre ante esta inusual solicitud, queda perplejo y pretende negarse. Sin embargo, al mirar los rostros que lo observan, sin mayor análisis, opta por acceder y camina con ellos hacia una antigua y desvencijada vivienda.

El anciano abre una puerta que por milagro se mantiene en pie. Ante los ojos del empresario, se abre un largo corredor.

Este estrecho pasillo se encuentra iluminado con lámparas a carburo. Luego de varios metros, termina en un patio de tierra. Observa que varios tableros sobre unos cajones de madera, dan vida a una mesa. Como mantel, hay hojas de añejos periódicos unidas con goma.

Al centro de esa mesa improvisada, hay tres jarras que contienen bebidas de colores diferentes hechos con sobres de jugos baratos. Cerca de ellas, muchos vasos de distintos tamaños y formas. Algunos dulces, galletas y justo en el centro, una torta de dudoso color.

Ingresa al patio en compañía de los dos ancianos. Al ver junto a ellos a un hombre elegante, cesan las risas y las conversaciones del medio centenar de mujeres y hombres que permanecen sentados. En silencio, todos fijan la vista en el recién llegado.

El anciano que lo había invitado, el cual dijo llamarse Pedro, lo presenta a cada uno de ellos y luego, sin mayores demoras, da por iniciada la velada.

Le pasan una hoja de cuaderno con las personas que serán los artistas. El empresario, luego de descifrar la caligrafía, comienza a dar los nombres en el orden ya anotado.

A medida que los anuncia, observa como algunos cantan viejas canciones que son coreadas por el resto. Después, otros bailan sin música de fondo, al compás de melodías y ritmos que yacen archivados en sus mentes como atesorados recuerdos.

A continuación, un anciano no vidente recita poemas de amores marchitos y como broche de fiesta, el hombre en silla de ruedas junto a una mujer delgada y sin dientes, entonan algunas antiguas tonadas y boleros acompañados por una guitarra parchada y con solo cinco cuerdas.

El hombre, que ya se había olvidado de su elegancia, miraba asombrado toda esa felicidad que emanaba entre tanta pobreza. Contagiado por esa sana alegría, experimenta gran entusiasmo y decide participar de los cantos y danzas. Al final, extenuado, termina dando un abrazo a cada uno de los improvisados artistas.

De repente, se acuerda que en su chaqueta tiene una máquina Polaroid. La extrae y les pide a todos que se junten alrededor de la torta para tomar unas fotos. Después de varias fotografías, coloca la máquina sobre un cajón y la programa con espera automática de 30 segundos. Así, logra retratarse en medio de ellos.

Como es una máquina que revela de inmediato, reparte la mayoría de las fotos entre todos los ancianos y se guarda aquella donde está con todo el grupo.

La humilde fiesta termina luego de casi dos horas. Todos los presentes, de uno en uno, se despiden de él y dirigen sus pasos hacia la oscuridad de sus modestas piezas.

Al último, el viejo Pedro, lo abraza y lo bendice por su noble corazón. Caminando hacia el interior de la casa, le pide que no los olvide.

El hombre de negocios agita su mano como despedida y esboza una sonrisa pero, en sus ojos surgen lágrimas que pugnan por rodar por las mejillas. No se explica como en tan corto tiempo, logró sentir un gran afecto por los ancianos.

Camina lento hacia el hotel. Durante el trayecto, se da cuenta que las horas que permaneció con aquellos nobles viejos transcurrieron en forma veloz. Curiosamente, siente un deseo imperioso de haber seguido departiendo con ellos.

Abre la puerta de su pieza y se tiende en la cama. Extrae la fotografía y la mira por largos minutos. La imagen le demuestra que en medio de las sonrisas de ese medio centenar de ancianos, existe un mundo distinto para él. Un lugar donde no todo es el dinero, los negocios, la fría ambición...Piensa que es muy poco lo que aportó pero, su gesto otorgó la felicidad que solo se puede lograr con cariño y bondad. Descubre una sensación de amor tan simple y tan humilde que él desconocía hasta ese día.

Esa noche, el hombre desde el balcón del hotel, volvió a mirar la ciudad y a sus pequeñas luces. Las notó diferentes. Entonces, pensó en su mujer. Se acordó de sus hijos y tuvo remordimientos y vergüenza por su egoísmo y su avaricia.

Arrepentido por la forma de mirar la vida hasta ayer, se tendió de espaldas sobre la cama. Luego, sin darse cuenta, recordó varias de las canciones que habían entonado los abuelos.

A continuación, en forma mágica, se disipó toda su angustia y el acumulado cansancio. Sonrió y sintió más que nunca ansias por ser diferente y... lloró de alegría con la foto entre sus manos.

Contar hasta cien...

Mantenía mi cara tapada con las manos y estaba parado detrás del viejo tronco del solitario árbol que se erguía a un costado del patio de nuestra escuela. Contaba en voz alta.... -¡sesenta....setenta.... ochenta...!- Estábamos a mediados de Diciembre. El calor emanado del sol de verano, nos hacía sudar .Sin embargo, con sed y jadeantes, para nosotros era más importante el habitual juego de la tradicional “escondida” .

Tenía tan sólo 10 años. Aún recuerdo la Escuela. Era un viejo recinto ubicado al final de un camino tiznado de carbón en las afueras de la ciudad de Lota. De milagro se mantenía en pie. Para la mayoría, era un lugar especial y querido. Allí habían recibido la educación básica, muchas generaciones. Los niños y jóvenes que no bajaron hasta la mina con sus padres, aprendieron a leer y a escribir entre sus antiguas paredes.

En ese lugar, éramos tres niños de edades similares que habíamos formado una “patota” que ya duraba más de seis años. Nos unía una férrea amistad. Yo y el “negro” Miguel, teníamos la misma edad. Roberto (Tito), en cambio, era el mayor con dos años de diferencia . De los tres, Miguel se distinguía por su habilidad y su astucia. También, por ser el más robusto y sobretodo, por su osadía.

La palabra peligro no existía para Miguel. Siempre estaba dispuesto a realizar los ejercicios más difíciles o a levantar objetos de

gran peso. Sumado a ello, su inteligencia y capacidad de memoria, lo convertían, año tras año, en nuestro líder. El asumía esa responsabilidad y siempre nos ayudaba.

En la sala de clases, en recreos y paseos domingueros. Aún más, en aquellos reñidos partidos de futbol, el “negro” demostraba su habilidad para sortear cualquier obstáculo y llegar hasta el arco. Además, si un contrario nos amenazaba, salía de inmediato a defendernos.

El juego de la escondida continuaba mientras, el mar con su ronco canto interrumpía la quietud y el ambiente sofocante del verano, solo servía de espectador a las continuas polvaredas...

-noventa y... cien- ...terminé de contar y comencé la búsqueda.

No me costó mucho trabajo dar con Roberto, el cual se escondía tras unos arbustos... Llegué hasta donde estaba, lo toqué en el hombro y luego, corrí hasta el árbol diciendo:

-un dos tres por “Tito”- .

Acto seguido, inicié la búsqueda de Miguel. Pasaron varios minutos y no pude ubicar el lugar de su escondite. Como pasaba mucho tiempo, Roberto se unió para rastrear su paradero. Nada. -Se había hecho humo-

Cansados y aburridos, le pedimos que saliera para terminar el juego. Hubo silencio. De repente, desde una rama del mismo árbol donde yo contaba, saltó hasta el suelo y gritó: -libreahora y siempre- y fue el ganador, una vez más.

Al año siguiente, vino la triste separación. A mi padre lo trasladaron a Santiago y tuve que viajar con él y matricularme en un Liceo de la capital.

Roberto y su familia emigraron a Buenos Aires. Habían establecido contacto con unos familiares en ese país y sus familiares tenían la esperanza de obtener un buen trabajo.

Miguel viajó con sus hermanos hasta la ciudad de Concepción.

Entre abrazos y lágrimas, nos separamos con la esperanza de volver a juntarnos pronto.

Desde ese día, transcurrieron diez años de nuestra forzada separación.

En Chile, estábamos en la época de los “ 80”. La dictadura gobernaba con la fuerza y no con la razón. Eran tiempos duros, difíciles. Tiempos de temor y de impotencia.

Pese a todo, logré el título de profesor de enseñanza básica.

Un hermano mayor de Roberto, el amigo que había marchado con sus padres hasta Argentina, me informó que este se había especializado en inglés y computación. Con esos estudios, decidió emigrar a Canadá.

En cuanto a Miguel, nuestro líder y tercer integrante de nuestro grupo, por los periódicos me enteré que era un combativo dirigente gremial.

Había sido detenido en varias oportunidades y estuvo exiliado por varios meses. Después, había vuelto a aparecer en la capital. Su accionar contra el régimen lo hacía desde la clandestinidad. Era uno de muchos que tenían un precio por su captura.

Dos meses después de esas noticias, me citaron para asistir a un seminario relacionado con nuevas leyes y dictámenes para el profesorado. Eran normas y reglamentos que aplicaba y renovaba cada cierto tiempo el ministro de educación y la Junta militar. El lugar de reunión era la Ex Universidad Técnica ubicada por la vereda del frente, un poco más allá de la Estación Central.

Bajé del bus y caminé algunos metros. Un control de militares revisaba la documentación personal. De repente sentí disparos. La gente corrió en varias direcciones. Se olía el miedo. Caminé de prisa hasta un hospedaje universitario que estaba a una cuadra del lugar.

Yo conocía ese sitio porque tiempo atrás, estudiando para unas pruebas, me olvidé de la hora y me pilló “ el toque de queda” .

En esa semana, hubo manifestaciones y enfrentamientos en el sector. Debido a ello, no pude salir de ahí por espacio de dos días debido a los tiroteos, sirenas, ambulancias y nuevos controles callejeros.

Los ruidos provocados por fusiles y metralletas se acerca-

ban. Casi corriendo, llegué a la vieja casona y logré entrar. Junto a otras personas, desde una ventana ubicada en la planta baja, pude ver como un pequeño grupo de seis personas lanzaban panfletos y gritaban consignas.

Varios militares y otros agentes de civil, los perseguían disparando a matar. Tres de ellos fueron apresados y otros dos quedaron tendidos en las aceras producto de las balas. El último, seguía lanzando papeles. Tenía gran agilidad. Los burló en repetidas oportunidades, pero de pronto sucumbió por la gran cantidad de hombres que lo rodeaban.

A todos los que mirábamos la escena nos dio escalofríos al ver como era golpeado en forma despiadada. Luego, aturdido, lo arrastraron y lo colocaron afirmado en una pared. El oficial a cargo, levantó con su bota la cara ensangrentada del hombre. En ese instante, me di cuenta que era Miguel.

No pude contener el grito y lo llamé por su nombre. Girando su cabeza, me ubicó mirándome por breves segundos y luego, me sonrió.

Militares y agentes al ver que estaban siendo observados, dispararon a su cabeza y el cuerpo. Acto seguido, rápidamente subieron a los vehículos que estaban con el motor en marcha y desaparecieron.

La calle quedó en silencio. Pese a las advertencias de las personas que estaban conmigo dentro del recinto, corrí por el pasillo y abriendo la puerta de par en par, crucé la calzada.

En breves instantes, llegué hasta donde estaba tirado mi amigo de la infancia.

Me acerqué y vi que Miguel no se movía. De su cabeza, corría un hilillo de sangre que formaba un pequeño charco rojo al lado de su cuerpo. Aún vivía. Su vista la tenía fija en el árbol que tenía cerca.

Me arrodillé junto a él. Tomé su cabeza ensangrentada y la puse sobre mis manos. Me miró y me dijo en voz baja: -hermano- -¿ves ese árbol?- yo asentí con un movimiento de mi cabeza, entonces me dijo -te pido que cuentes hasta cien para ver si puedo esconderme de la muerte-.

Tras darme un débil apretón de manos, sus ojos los cerró para siempre.

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

Casi-tsunami

Esa tarde se sintió un fuerte temblor en la zona. Tuvo características de terremoto. La mayoría de la población sintió miedo y algunos, pánico y terror. Eran aquellos que vivían cerca del nortino borde costero. Estos pobladores, eran los primeros que ya habían participado en varios simulacros de evacuación ante un posible tsunami.

Mario, cuyo hogar estaba a dos cuadras del mar, también era parte de los civiles que habían formado equipos de rescate. Por ello, antes de salir de la oficina y regresar a su casa, llamó varias veces por teléfono a su familia. Todo estaba normal. Su mujer y los tres hijos se habían refugiado en casa de la suegra, la cual vivía a dos cuadras de ellos. El hombre, tratando de aparentar calma, les dijo que no se asustaran porque el mar se mostraba tranquilo y que él estaba por finalizar su turno y llegaría pronto.

Hubo varias réplicas y a ratos, cortes de energía eléctrica. Debido a ello, sólo transmitían algunas radios alimentadas con motores de emergencia. La gente se retiró temprano a sus hogares. La gran mayoría se mostraban tensos y preocupados.

La oficina donde trabajaba Mario cerró dos horas antes para que sus trabajadores se reunieran con las familias.

En la calle, muy asustado, se juntó con dos compañeros de

trabajo y decidieron, para calmar los nervios, pasar a un boliche donde la especialidad era el vino pipeño semi-dulzón.

Pidieron un jarro con tres vasos. Entre los tres, conversaron de movimientos telúricos, de fútbol y de las mujeres bellas de la farándula.

Luego, se sumaron varios jarros de vino a varias réplicas y el tiempo pasó raudo. Se presentó la madrugada y Mario se despidió de sus amigos y se encaminó tambaleante a su hogar.

El aire y la falta de alimentos le jugaron en contra y sintió fuertes mareos. Al llegar a la puerta de entrada de su casa, la que ahora veía doble, se sacó los zapatos y entró en puntillas evitando hacer ruido. Decidió desvestirse en el baño que estaba en la planta baja y caminó despacio hasta ese lugar.

Iba tambaleando. Mientras se afirmaba en el respaldo de un sillón, notó que los vidrios del living crujían por otro temblor de mediana intensidad. Estaba a oscuras. Sintió miedo al principio. Siguió caminando y tropezó con un artefacto frío y duro. Levantó un pierna y la pasó por sobre el objeto. Estaba terminando de hacer lo mismo con la otra cuando notó que ya no pisaba madera...ahora era agua. Se quedó quieto y en silencio. Transcurrieron unos segundos. El miedo se transformó en terror. Estaba ocurriendo lo temido. El agua del mar invadía el hogar...Se había iniciado un tsunami...

En breves segundos, sus pies y su calzado quedaron bajo el agua. Mario, temblando pensó que las olas del océano habían sobrepasado los pequeños muros que bordeaban la playa y estaban entrando a la casa.

La oscuridad era completa. Pensó en moverse y sintió como sus ropas y su cuerpo eran presa fácil del agua cuyo caudal, aumentaba segundo a segundo. Luego, al pretender sentarse, resbaló y su cabeza se hundió bajo las heladas aguas.

Se aferró con fuerzas a algo parecido a unas cortinas y gritó con todas sus fuerzas para alertar a su familia que dormía en el segundo piso. En medio de la oscuridad, desesperado, imaginaba a sus hijos

y a su esposa nadando y esquivando muebles y enseres. Su pavor iba en aumento y sus gritos, ahora eran estridentes y desgarradores.

Estaba con el agua hasta el cuello y su garganta emitía frases y sonidos pidiendo auxilio a los vecinos o a carabineros.

Sentía mucho frío. Su ropa y su cuerpo, en breves segundos, iban a desaparecer bajo montones de agua helada. Los minutos eran eternos y sólo pensó en rezar.

De repente, una luz iluminó el cuarto donde estaba y Mario dio gracias a Dios por la pronta llegada del personal capacitado.

Entre sus escalofríos y el miedo, pensó que con toda seguridad eran bomberos o la defensa civil y tuvo un pequeño alivio con la llegada de estas personas entrenadas para este tipo de catástrofes y que son de vital ayuda para los desastres que provoca la naturaleza.

Extendió su mano entre las aguas donde se encontraba y mientras daba las gracias a los que venían a socorrerlo, escuchó una voz milagrosa que le decía:

-¡Mario, es el colmo- nos dejas solos con estos temblores...llegas bebido y cuando son las cuatro de la mañana con tus gritos, despiertas a todo el vecindario!-

El hombre tiritando de frío y de miedo pregunta: -¿ Ustedes están bien ?- -¿ a los niños no les pasó nada ?-

Su mujer le responde ¡estamos todos bien, -¡quédate tranquilo!-

Luego lo mira y le dice: -¿me puedes explicar que haces vestido dentro de la tina de baño donde acumulé agua por si cortaban el suministro?-

El Pozo

Una tarde fría del mes de Julio, un hombre bajaba casi corriendo por un angosto sendero cerro abajo. Tropezaba con piedras y arbustos. Iba muy rápido para tratar de alcanzar antes del anochecer el camino de tierra que lo dejaría en la frontera con Argentina.

Un viejo sombrero de color negro, ocultaba su rostro. Se notaba asustado y desorientado. Con la respiración agitada y el corazón a punto de buscar una salida en su pecho, se detenía y miraba continuamente hacia atrás. Sentía la presencia de algo o alguien que lo seguía. Había sangre en sus manos y en sus piernas producto de las espinas y ramas que rozaba en su loca carrera.

El abundante licor ingerido durante gran parte de la noche anterior, aún le producía mareos y extrañas sensaciones.

La vista se le nublaba y sentía un ardor en el pecho por el esfuerzo desplegado en esa loca carrera que ya duraba un par de horas.

A ratos, se detenía porque creía sentir los gritos de sus hijos y el llanto de su mujer.

Bandadas de pájaros huían a esconderse con el ruido que provocaba su interminable carrera.

Exhausto, llegó hasta un pequeño riachuelo y metió su cabeza bajo el agua helada. Luego, se arrodilló en el pasto. El viento norte le avisaba que se aproximaba una lluvia. Después, pasados unos

minutos, su mente empezó a recobrar la lucidez y sintió terror al recordar lo sucedido.

Supuso que las jarras del vino ingerido la noche anterior, le estaban jugando una mala pasada. Indeciso, sintió deseos de volver a su choza y enfrentar los hechos. El era un hombre muy temido en la comarca por su valor y su fuerza bruta.

Se levantó y caminó de regreso un centenar de metros pero, se arrepintió y se sentó en un tronco por varios minutos.

Después, pensó que todo era para mejor ya que esta pelea sería la última que tendría con su mujer. Era un alivio pensar que nunca más debería darle explicaciones de sus borracheras y por las ausencias de la choza por varios días, cuando se quedaba en el único prostíbulo que existía en el pueblo cercano.

Se puso de pie y luego de hacer un gesto con los labios, se encogió de hombros y murmuró -¡ No sé pa' que me aflijo!-

Levantó el cuello de su vieja chaqueta y mientras caminaba exclamó -¡ pasarán meses para que la familia de la María y los lugareños sequen el pozo y la encuentren en el fondo junto a los tres chiquillos amarrada con el alambre para las trampas de conejos!-

Apuró el paso y desapareció bajo las sombras caprichosas que se dibujaban en el cielo...

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

El Espejo y el viejo...

El hombre se sentó en su cama. Estaba tenso y malhumorado. En su trabajo de portero, hoy lo habían amonestado por quedarse dormido y luego, le habían cancelado su contrato. La razón esgrimida por su jefe era que ya no rendía como antes y le aconsejaron descansar en su hogar porque a su edad, el cuerpo se lo estaba pidiendo a gritos.

Triste pensó ¿estoy viejo ?. Se miró sus manos y dijo en voz alta -mi vida activa ¿terminó?-

Sintió rabia y tristeza. Luego se dijo a si mismo. ¡Este debe ser el fin!. Hoy más que nunca le pesaban sus 75 años.

Trató de pensar en otra cosa..., pero el fantasma de la vejez lo perseguía. Tuvo ganas de llorar..., tantos años de esfuerzo para terminar como un cesante, anciano y pobre. Su pequeña jubilación de vejez no le alcanzaba para comer. Estaba solo. Su mujer había fallecido 10 años antes. Sus hijos mayores, todos profesionales, vivían en otras ciudades y jamás se acordaban de él.

Sentado en su viejo camastro, miró a su alrededor. Detuvo la vista en sus libros. Luego, dirigió su mirada hacia el techo, después, revisó las paredes y las descoloridas fotografías que yacían en ellas. Permanecían, ancladas en marcos descoloridos por el paso de muchas décadas.

Movió la cabeza y lo invadió la tristeza. Estaba desorien-

tado..., De repente...fijó la mirada en el antiguo espejo de pared que había heredado de su bisabuelo.

Recordó muchas historias...Algunos familiares le atribuían poderes de hechicería.

De vez en cuando, sin motivo alguno, antes de dormir, recordaba algunas de ellas, contadas por su abuela cuando era un niño pequeño.

Decía la anciana que era mágico..., que si uno lo miraba mucho rato con una mano en el corazón y le pedía un deseo...al poco rato...este se lo concedía.

Movió tristemente su cabeza... Pensó en voz alta ¡mi mujer no tuvo tiempo de pedirle nada a este espejo, porque el cáncer fue fulminante y le otorgaron el alta en el hospital para que recibiera la muerte en nuestro modesto hogar! .

Sonrió con amargura. Movi6 la cabeza al recordar bellos momentos de su lejana niñez. Sin embargo, sin saber porqué... desvió sus pensamientos y volvió a mirarlo varias veces. Curiosamente, sintió una rara atracción hacia él. Se dijo -Esta es la reacción de un viejo- y agregó -debe ser mi rabia y mi desesperación-.

Pasados unos minutos, se acostó para pensar en algo distinto. Cerró los ojos. Estaba inquieto y nervioso. No podía dormir.

Al poco rato...encendió una vela y volvió a mirar el espejo . Se sentó en la cama. Extrañado, de pronto, le pareció ver una pequeña luz que salía desde un rincón del viejo marco .

Pensó... -menos mal que vivo solo- sino creerían que estoy loco. Volvió a mirarlo y de nuevo surgió la pequeña luz...

No tuvo miedo..., sólo sentía curiosidad... porque, a esa edad, por el escaso tiempo de vida que le quedaba ...se pierde el temor a lo desconocido y a muchas cosas más.

Se dijo a si mismo... -¡ y si compruebo, si es verdad o mentira!, -nada pierdo-

Puso su mano derecha sobre su añejo corazón, cerró los ojos donde asomaban lágrimas de amarga soledad y... pidió su deseo

diciendo con voz temblorosa:

-Espejo, espejo, si es verdad que puedes otorgarme un deseo, te pido que me saques urgente de aquí, que me lleves lejos, en un viaje hacia un lugar muy distinto..., donde existan flores..., muchos árboles..., un río de aguas cristalinas... , donde haya paz y bondad..., y, donde exista mucho amor para los viejos como yo-

El anciano formuló su deseo como si fuera una plegaria, con tanta angustia, con tanta pena, que sus frases quedaron impregnadas en el aire. Luego, formaron un trazo celeste en el espacio y terminaron anidando en el espejo, sin que el hombre lo notara.

Se acostó sin antes dar gracias a Dios por la vida que le dio, por la esposa que fuera su compañera durante 40 años y además, le pidió proteger a todos esos hijos ingratos....

Aplastó con sus dedos la llama de la vela que estaba en el velador y cerró los ojos. Estos se mantenían húmedos por unas rebeldes lágrimas que no cesaban de brotar.

Pasaron tres días. En todo ese tiempo, no se vió ni dentro ni afuera de su modesta casa. Unos vecinos, al no contestar los llamados por su nombre, temiendo lo peor, optaron por abrir la puerta del ranchito, pensando que estaba enfermo o muerto. Lo buscaron por todos lados y no lo pudieron ubicar.

No había rastros del anciano, tampoco habían señales de violencia, por robo o un asalto.

Nada faltaba... sus ropas, sus libros y sus viejos discos estaban en el mismo lugar que él los tenía.

De repente, a las personas que estaban en la pieza, les llamó la atención un objeto que estaba sobre la cama, era el marco de un viejo espejo pero... lo raro era que....no tenía espejo... estaba vacío. Sin embargo, una pequeña luz salía de adentro y luego se reflejaba en una pared... Todos los allí presentes, dirigieron su mirada hacia el lugar indicado por el pequeño rayo luminoso....

El asombro fue total...la pequeña luz mostraba una mancha cual si fuera una gran puerta abierta, de par en par, por dos manos

hacia el infinito.

Alguien muy famoso dijo una vez...-“lo maravilloso de los milagros es que a veces...ocurren ”-

La boina de Helga

Helga era una mujer, con más de 70 años a cuestas, que vivía en Aysén. Nacida en Alemania, poco se sabía de su pasado. Los que entraban a su pequeño hogar podían ver viejos cuadros en las paredes con fotografías amarillentas por el tiempo. En ellas estaban sus padres y tres hermanos.

Alguien dijo una vez que ella huyó de Alemania cuando tenía 10 años de edad junto a dos de sus hermanos. Sus padres y el hermano menor fueron encerrados en cámaras de gas y luego, sus cuerpos incinerados en uno de los campamentos de exterminio Nazi.

Llegaron los tres sobrevivientes a Chile y se establecieron, por allá en el año 1946, en el puerto de Corral, cerca de Valdivia.

Durante 6 años, sus hermanos desempeñaron oficios tales como: leñadores, encargados de bodega, labranza, aserraderos y muchos más. Helga, desde temprana edad, los ayudaba en trabajos menores. Al cumplir ocho años de edad, compraron un pequeño terreno y luego, edificaron una casa.

Ella, aprendió más rápido el español que sus hermanos. Terminó sus estudios de enseñanza secundaria. Con 21 años recién cumplidos, logró la doble nacionalidad germano-chilena y después de 3 años, obtuvo su título de profesora de educación primaria (básica).

Su hermano mayor, instaló un aserradero en Corral y el

menor, una barraca en el mismo lugar.

Los tres eran muy unidos. La felicidad se compartía con la tranquilidad de estar lejos del escenario donde había estallado la II guerra mundial . Estaban contentos de vivir en Chile.

Pero, todo cambió de golpe. En 1960, ocurrió en esa zona, el peor terremoto y maremoto del país (se cree que ha sido el de mayor violencia en el planeta). Su intensidad superó los 9 grados y destruyó todo en breves segundos. Miles de muertos y de desaparecidos quedaron en distintos poblados y ciudades.

Producto del maremoto, sus dos hermanos fallecieron. Se perdió la casa y los negocios. El terreno quedó bajo el agua. Helga se salvó porque esa semana había asistido a un seminario de enseñanza en la capital.

A partir de ese momento, con tan sólo 23 años de edad, Helga quedó sola, sin familia, sin hogar y en condiciones de extrema pobreza.

La colonia alemana residente, le brindó ayuda. Con el apoyo de muchos lugareños y autoridades, encontró trabajo como profesora suplente en una escuelita en las afueras de Puerto Montt.

Allí, “ la gringa de la boina gris ”, vivió y trabajó durante 40 años. El estado chileno la premió con una distinción especial por la labor docente desarrollada y luego, se jubiló.

Con 63 años a cuestas, decidió comprar un terreno con una casita para disfrutar de sus últimos años de vida.

Por el periódico, se enteró que en un pueblito cercano a la ciudad de Aysén, vendían parcelas pequeñas de una hectárea con una casa de madera incluida. No lo pensó dos veces y adquirió una.

Así llegó la gringa y su boina hasta ese pueblito, lugar en el cual, al poco tiempo de conocerla, toda la pequeña comunidad ya la respetaba y la quería.

Su edad no le impedía mantener un buen estado físico. Siempre estaba colaborando en el bienestar de los lugareños.

Con perseverancia y esfuerzo ante las autoridades locales, consiguió luz eléctrica para la pequeña comunidad. Después, obtuvo un

radio portátil para comunicarse con la ciudad más cercana en caso de partos o accidentes.

Al poco tiempo, con apoyo de médicos y el sub-secretario de salud, dio vida a un reducido consultorio que atendía un paramédico dos veces a la semana. A este pequeño lugar asistencial también se le entregaron distintos medicamentos con los cuales logró crear una pequeña farmacia.

Su mejor logro fue cuando las autoridades regionales aceptaron construir una pequeña escuela básica con dos salas. Un profesor, viajaba desde Aysén e impartía clases de 1 ° a cuarto año de preparatoria.

En su casa tenía un equipo antiguo con videos Beta y VHS y además, era la única que tenía un viejo televisor a color.

Todos los domingos, trasladaba hasta la parroquia, el video y la TV para exhibir en forma gratuita viejas películas y algunos dibujos animados.

Siempre eran causa de risa sus instrucciones en alemán y luego, repetidas en un español con el cual, pese al tiempo que llevaba viviendo en Chile, nunca pudo pronunciar la vocal u. Decía por ejemplo: “Poto Montt”, en vez de Puerto Montt , “Poto Aysén”, “Poto Varas”, etc.

La gringa de la boina gris era parte de una novela que aún no tenía fin.

Una noche, Helga sintió al igual que el resto de los pobladores, muchos ruidos subterráneos y temblores de distintas magnitudes. Luego, se produjo un terremoto junto con la erupción de un volcán cercano.

Fumarolas, lava, cenizas y una lluvia ácida amenazaron de muerte a la comunidad. Las autoridades, ante el peligro que rodeaba a los lugareños, decidieron efectuar la evacuación por medio de varios transbordadores.

Helga, pese a sus casi 70 años de edad, ayudó durante varias horas a convencer a muchos habitantes para que abandonaran sus

casas. Acto seguido, colaboró con los grupos de socorro para ubicar y rescatar niños y ancianos. Después, se dirigió a la pequeña farmacia y sacó todos los remedios en un bolso y los entregó al Jefe de unos improvisados bomberos.

Luego, pese al cansancio, subió a su pequeña carretela y apuró al viejo caballo para llegar a un lugar donde estaban atrapados 5 personas que vivían en las afueras del villorrio. Subió por un estrecho sendero y les hizo señas para indicarles el lugar donde estaba. Los hizo subir al carruaje y los entregó sanos y salvos al encargado de la evacuación.

Los torrentes de lava se acercaban cada vez más al pueblo. Carabineros dio la orden de embarcar en el último transbordador que estaba en el muelle. Helga solicitó ser incluida al final.

No quería dejar abandonados a su pequeño perro y al gato de un vecino. Corrió con gran esfuerzo las dos cuadras de donde se encontraban. Rato después, jadeando apareció en el embarcadero con los dos animales entre sus brazos.

Los entregó y solicitó otros cinco minutos para recoger sus fotos y recuerdos personales. Los funcionarios preocupados y asustados, accedieron.

Bajo el humo, la ceniza y la lluvia que convertía todo a su paso en una espesa capa de lodo, la gringa caminó con dificultad. El cansancio y su corazón latiendo al máximo, la hicieron ahogarse y después, a punto de perder el conocimiento, avanzó unos metros más.

En el frontis de su casa, no pudo subir los 4 peldaños. Se aferró con desesperación a la pequeña baranda, pero al levantarse perdió equilibrio y se desplomó de espaldas. La extensa capa de lodo la cubrió hasta desaparecer por completo.

Los habitantes que a lo lejos miraban la escena lanzaron un grito de pena y espanto. Algunos aseguraron que ella no opuso resistencia. Incluso dijeron que la gringa parecía sonreír.

A los pocos días, se conoció la noticia de la tragedia. Los

medios informativos hablaron de su vida dedicada al servicio de la comunidad. En realidad, para Helga esa era su felicidad.

Daba todo lo que podía sin pedir nada a cambio.

Al no encontrar su cuerpo, nadie pudo despedirla, ni rendirle honores, ni darle las gracias.

Luego de varios meses, la zona volvió a la normalidad y los habitantes de esa tierra, regresaron para levantar de nuevo sus viviendas y dar comienzo a una nueva etapa de sus vidas.

Mientras las máquinas excavadoras abrían nuevos caminos entre los escombros y el lodo, un operador vio cerca de una gran piedra cubierta con troncos y ramas, la boina gris de Helga. Se acercó y con mucho respeto, nervioso la tomó entre sus manos. Tenía algo de barro y cenizas pero, se conservaba casi intacta.

La noticia corrió de boca en boca. Esa noche, se reunió todo el pueblo en un sitio que antes de la erupción había sido una plaza. Bajo espesa lluvia, alumbrados por antorchas, las casi 300 personas con sus gargantas oprimidas por la emoción, hicieron circular de mano en mano el sombrerito de Helga.

Pasaron varias horas entre rezos y cantos. Después, retornaron a sus carpas y mediaguas.

Desde esa noche, ya ha pasado más de un año. Los que visitan la zona, les llama la atención que a la entrada del camino principal del nuevo poblado hay un brillante arco de madera tallado y pulido.

Sobre la parte superior, rodeada de dibujos infantiles y ofrendas florales, hay un sombrerito gris. Mas abajo, una leyenda que dice :

<<Amada gringa, tu pueblo espera que un día vuelvas a recoger tu boina>>

Un licor dulce....

A sus compras mensuales de abarrotes, el abuelo agregaba una botella de Vermouth blanco, un licor dulce que paladeaba a veces con su mujer o invitados ocasionales.

El y su esposa vivían con Osvaldo, su único nieto. Lo habían criado desde pequeño y ahora, este ya tenía 10 años de edad.

Un domingo, cuando las visitas se estaban retirando de la casa, en la mesa del comedor, junto a golosinas y otros restos de la cena, quedó una copa con un poco de licor de color amarillo. El niño, luego de comer varios dulces, un trozo de torta y muchas galletas, sintió sed.

Miró y se percató de que no quedaban jugos ni bebidas, sólo tenía frente a él, la copa con ese líquido extraño. Con desconfianza y algo de timidez, la tomó entre sus manos, miró en todas direcciones y al comprobar que estaba solo, bebió un pequeño sorbo. Le agradó bastante el sabor suave y dulce. Con prisa, terminó el resto del vaso.

Desde ese día, casi todas las noches, iba a escondidas hasta el viejo mueble donde sus abuelos guardaban la botella y bebía un pequeño sorbo.

Transcurrieron varias semanas. Una tarde, luego de almorzar, los abuelos quisieron paladear el licor. Al tomar el envase, notaron que la botella estaba casi vacía. Se sorprendieron pero, no emitieron comentarios.

El nieto, desde el pasillo, escuchó conversando a los vie-

jos. Estos, suponían que las visitas habrían bebido el licor.

Como esa semana debían reponer los víveres del mes, pidieron a su nieto que les ayudara a confeccionar el listado de los artículos por comprar.

Le solicitaron que anotara encabezando la lista, dos botellas del famoso Vermouth, lo que agradó bastante al muchacho.

Al regresar de las compras, se sentaron en el comedor, destaparon uno de los envases y los dos abuelos, bebieron una pequeña copita. Luego, llamaron al niño para que las guardara.

Osvaldo, puso al fondo la que estaba sellada y cerca de la puerta del armario, la recién abierta. Mientras lo hacía, feliz se imaginaba que esa noche podría beber varios sorbos del dulce brebaje ya que había una botella a la cual sólo habría que retirar el corcho y además, estaba casi completa.

Llegó la hora de acostarse. Los abuelos se despidieron con un beso y apagaron la luz. Pasó largo rato. Sin moverse en su cama, el niño esperó que sus abuelos se durmieran. Luego, tratando de no hacer ruido, se levantó y caminó en puntillas hacia el mueble.

Abrió lentamente la puerta del estante y cogió a oscuras, el primer envase. Lo tomó entre sus manos y con mucho cuidado, sacó el corcho.

Con el temor de que sus abuelos pudieran despertar, decidió aprovechar la ocasión para beber un buen poco. Tomó aire y bebió, bebió, y bebió hasta más no poder. Segundos después, cuando tragaba el último sorbo del líquido, sintió asco y un gran deseo de vomitar pero, no tuvo otra opción que tragar en completo silencio.., una gran cantidad de aceite vegetal comestible que bajaba rápido por su garganta hasta el estómago.

Por las risas de sus abuelos, se dió cuenta que ellos ya sabían de sus brindis nocturnos. Luego de tres días con diarrea, decidió poner fin a su interés por el Vermouth.

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

El Arcángel...

Pálido y temeroso, un hombre entra casi corriendo a una Iglesia. Es la hora del cierre y no hay fieles. El anciano sacerdote está al interior del recinto y no lo escucha.

El hombre, se queda de pié frente al altar.

Está desconcertado. Su mirada demuestra temor. La razón por la cual llegó hasta allí, horas antes la sabía...pero hoy.... la olvidó porque cree que es una pesadilla.

Murmura entre dientes su tristeza..., necesita ayuda de Dios. Se arrodilla en silencio.

Piensa y trata de comprender el porqué de su presencia en ese lugar. No tiene idea de su futuro y menos de su presente.

Recuerda haber amado a alguien con todas las fuerzas que necesitan las alas en un vuelo de mil gaviotas....con esas ansias de alguien que requiere respirar, estando bajo el agua...

Con amargura e impotencia se da cuenta que no recuerda de donde venía antes de llegar al templo. Tiene la mente en blanco. Le es más cómodo así... no pensar y menos, acordarse...

Se afirma en el respaldar de un banco de la Iglesia y con horror ve que sus manos están manchadas con sangre.

Se arrepiente de haber llegado hasta ese lugar y camina hacia la puerta para tratar de salir pero, se detiene y se devuelve.

Ahora es peor, su cabeza da vueltas... no sabe si debe quedarse o salir. Su desesperación crece segundo a segundo.

A partir de ese momento, afloran sus lágrimas y cae de rodillas pidiéndole ayuda a Dios para poder ubicar el sitio exacto donde quedó su mente y su corazón.

Brotan sollozos...y vuelve a mirar sus manos ensangrentadas. Después, mira hacia donde está Jesús...y le dice:

-Amado Señor, perdóname pero no puedo aceptar esta cruel realidad- y murmura: yo no estaba preparado para esta horrible verdad.-

Solloza y tiembla al pensar que después de lo sucedido..... vendrá una fría y eterna soledad

Mira hacia a una de las ventanas del pequeño recinto. Afuera, se aproxima la típica noche de verano calurosa y húmeda. El parque que rodea la iglesia es cubierto por una espesa bruma que va ocultando todo a su paso...

Sólo se distinguen las cruces que yacen frente a las tumbas del pequeño cementerio que está ubicado a un costado de la parroquia.

Luego, aparece la figura fantasmal de la luna llena que forma parte de un lienzo de color negro llamado noche. La oscuridad invade varios sectores del recinto.

La débil luz de las dos pequeñas lámparas de la capilla luchan contra la oscuridad que las rodea.

El viejo sacerdote camina lento hacia la puerta de entrada. Es la hora del cierre.

Mientras va por el pasillo, distingue al hombre que yace arrodillado. Se acerca y coloca su mano en uno de sus hombros. Este levanta la cabeza y muestra una expresión de dolor en ese cadavérico rostro que tiene sangre en sus labios.

Al mirarlo y ver la sangre, el viejo empezó a escuchar los latidos acelerados de su cansado corazón. Su ajada piel se erizó y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Después, unas gotas de sudor helado

resbalaron desde su frente. Pese a ello, sacó el resto de valentía que le quedaba y le preguntó con voz temblorosa:

-¿Hijo...que te sucede?-

Hubo un pequeño silencio. El hombre que permanecía de rodillas, le contesta:

-Padre, necesito su ayuda, deme un pequeño tiempo de su vida para contarle mi drama !-

El sacerdote le dice : -habla hijo, te escucho -

El hombre comenzó a hablar:

-Por muchos años, fui un hombre feliz. Tenía esposa e hijos. Era un escritor famoso. El dinero no me faltaba. La vida me sonreía.-

Hizo un alto y siguió:

-Un día, estando de vacaciones , un amigo me facilitó una casa antigua ubicada en un pueblo al interior de la zona cordillerana.

Yo acepté gustoso. Ya instalado en ella, me puse a hojear parte de los libros de una biblioteca que estaban en la sala principal.-

-Entre ellos, encontré uno muy antiguo. Tenía muchos relatos y cuentos de vampiros. Lo leí completo. Al cerrar sus tapas, me reí por toda esa fantasía relatada con lujo de detalles.-

Miró una vez más al sacerdote y prosiguió:

-Sin saber el porqué, decidí escribir una crónica sobre estos seres imaginarios. En ella hacía una denuncia. Decía que los famosos vampiros habían vivido por miles de años en la mente de otros escritores que habían elaborado leyendas sólo para obtener ganancias a costa del miedo de los lectores.-

-Terminé lo que estaba escribiendo. Habían transcurrido cerca de tres horas y sentí sueño. Al notar que mis párpados no podía controlarlos, me acomodé para dormir en el sillón frente al computador. A los minutos, dormía tranquilamente hasta que comenzó una horrible pesadilla.-

El sacerdote lo instó a seguir con el relato mientras, nervioso, daba vueltas entre sus manos el viejo rosario que lo acompañaba por más de me-

dio siglo...

El hombre se puso de pié, su rostro había cambiado. Ahora sus ojos demostraban un gran temor.

Dijo: - ¿ sabe padre ?- con los minutos esa pesadilla se transformó en algo real..., Sentí ruidos...pasos...gemidos. Estaban cada vez más cerca de donde yo me encontraba. - Luego...una respiración me acarició el cuello....

Después, vino lo peor...unas manos heladas...sin vida...tomaron mi cabeza y la sujetaron mientras sentía dos clavadas horribles en mi cuello. Desperté en forma brusca. Llevé mi mano hacia el lugar donde había sentido las clavadas. Al retirarlas, noté que había sangre. Horrorizado, miré la pantalla del computador que estaba encendida. Miré y leí con terror lo que alguien había escrito “ existimos y ahora contigo, seremos más.”

Jadeando, el hombre dijo: -Padre...a partir de ese día mi vida cambió totalmente....me convertí en un monstruo...ahora sólo provocho terror-. -Me ví forzado a separarme de mi esposa y de mis hijos para no cometer con ellos mi acostumbrado ritual de alimentarme con sangre humana-. Al decir lo último, el hombre tenía una expresión de dolor en su rostro. El cura, asombrado y con temor, le dice: - Yo creo hijo que es parte de tu imaginación y de....

No alcanzó a terminar la frase, porque el hombre irritado, lo interrumpió diciéndole:

-Usted piensa que es fantasía...producto de la imaginación-. Movi6 la cabeza y dijo: - Ojala lo fuera. Usted no comprende...

- Es horrible y muy triste tener que vivir día a día escondido en las sombras, no poder ver al mar acariciando la arena del mediodía, no disfrutar de un amanecer con los coros de los pájaros que lo saludan. Olvidar el aroma del pasto y de las flores bajo el sol que las acaricia-.

Continuó diciendo: -lo horrible de todo esto es que mi único alimento es la sangre humana-.

- El sacerdote, al oír lo último, dio un paso hacia atrás y su boca trató de iniciar una oración....

- No tema -le dijo el hombre. A Usted no le haré daño pero, quiero que me escuche y me ayude-.

- Lo que le cuento, es verdad-. Empuña sus manos y continúa: -hace años que me alimento de sangre- -vivo escondido entre las sombras y en subterráneos-. Salgo a la calle de noche y busco víctimas- - Cuando estoy tras ellas, puedo oler su miedo-.

- Unas corren, a otras..sus pies se les paralizan. -Yo prefiero que corran, para que el flujo de la sangre sea más rápido-. En ese momento, es cuando experimento el mayor de los placeres al enterrar mis colmillos en su cuello-.

El hombre mientras, describía lo que hacía, el sacerdote empezó a retroceder. Para tratar de huir, mentalmente estaba contando los metros que lo separaban de la puerta.

Empezó a sudar, su rostro tenía una expresión de horror mezclada con miedo. Abrió sus ojos. Era una mirada de súplica.

Sacó el habla y le dijo: - No olvides que estás en la casa de Dios y frente a un servidor de El.- Y agregó -Te ruego que me dejes vivir lo que me tiene asignado el Señor-.

El hombre lo miró fijamente. Abrió su boca de donde emergieron dos inmensos colmillos. Luego, levantó sus brazos y abrió su negra capa con la cual cubrió al anciano. Hubo un grito y luego... silencio.... Después, el vampiro retrocedió en forma rápida, sin mirar hacia atrás...y ese fue su error fatal.

Pasado unos minutos, en el suelo se vio que junto al viejo rosario, estaba el sacerdote sintiendo como su vida se escapaba por el torrente de sangre que emanaba de su cuello. Pese a ello, miraba en dirección hacia donde se encontraba el monstruo.

El vampiro metros más allá, entre convulsiones y gemidos, yacía atravesado con la filuda lanza que esgrimía el Arcángel San Miguel, protector y defensor de la Iglesia.

Y se hizo mujer...

Angelina, era una bella niña campesina con apenas 12 años. Tenía grandes ojos verdes, pelo castaño claro amarrado en dos trenzas y un cuerpo donde ya brotaban los capullos que pronto la transformarían en una hembra hermosa.

Cada mañana, antes de ir a estudiar, ella se despedía varias veces de su madre, la abuela y tres hermanos menores. Como todos los días de la semana, debía iniciar una caminata por ese largo sendero de 4 kilómetros entre bosques y camino de tierra que, luego de casi una hora, la llevaría hasta la escuelita rural donde cursaba sexto básico.

Era una niña alegre. Estudiosa y muy creyente. En el pueblo todos la querían por su buena voluntad para ayudar a los ancianos y niños menores. Su madre había quedado viuda cuando ella solo tenía tres años de vida.

Después de casi diez años de vivir sola, conoció un hombre de la zona y luego de varios meses, se volvió a casar.

El padrastro era un hombre rudo y de pocas palabras. Rara vez conversaba con Angelina. Pasaba la mayor parte de su tiempo trabajando en las siembras y sólo llegaba de noche a cenar o a dormir. Para la niña, esa situación era la mejor, porque no le gustaba el trato frío y descariñado que este hombre le daba a su madre.

Después de varios días de lluvia y helado viento sureño,

con caídas de árboles y remolinos de turbio polvo, esa mañana amaneció en completa calma. Era el invierno que estaba por volver a su guarida para dar paso a la joven primavera.

Angelina, sentada en un tronco, peinaba su largo pelo para que su madre luego le hiciera las trenzas. Miraba como jugaban sobre el pasto dos pequeños gorriones mientras respiraba alegre el aroma de la zarzamora y de las plantas que habían en el jardín que rodeaba su casa.

Estaba feliz. Después de dos semanas volvía a clases. Su maestra le había prometido unas revistas para que aprendiera a pintar géneros y a bordar.

Luego del desayuno, su madre revisó su uniforme y los útiles que le correspondía llevar ese día. La besó y la persignó al salir. La niña mientras se alejaba, levantó uno de sus brazos para despedirse de ella con una tierna señal de su mano.

Cuando dobló el último recodo del camino, madre y abuela reiniciaron sus tareas diarias.

Habitualmente, su regreso de la escuela lo hacía a eso de las cinco de la tarde. Siempre llegaba contando lo que había aprendido. Sin embargo, ese día, llegó una hora más tarde.

Apareció en el ranchito, llorando a sollozos, muy asustada y con hilillos de sangre rodando por sus piernas.

Al principio, la madre y la abuela le preguntaron si se había caído o si la habían golpeado.

Después, ante el largo silencio de la niña, las dos mujeres, emocionadas la abrazaron y trataron de explicarle de donde provenía esa pequeña hemorragia.

Mientras la bañaban, le decían que a partir de ese día ella había dejado atrás su niñez convirtiéndose ahora en una mujer. Que debería tener mucho cuidado. La acostaron y le dieron un tazón de yerbas.

La niña, a oscuras en su humilde pieza, las escuchaba conversar sobre lo sucedido. Su madre y la abuela hablaban repitiendo a cada rato, las palabras menstruación, el cuidado, los peligros....

Decían que les parecía increíble como había pasado el

tiempo con la niña .La abuela, llorando exclamaba... -¡solo ayer la tuve en mis brazos, .hoy me cuesta creer que ya es una mujer!.-

Mientras tanto, Angelina, entre ahogados sollozos, los dolores de su cuerpo y su infinita pena, rezaba en silencio pidiéndole a su “ taitita “ que estaba en el cielo y a su buen Dios que la protegieran de nuevos abusos por parte de su padrastro.

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

La sonrisa final...

El anciano estaba solo. Permanecía sentado frente a la ventana que daba al jardín. En silencio, miraba sin ver. Lo rodeaban muchas personas que hablaban entre sí. Algunas lloraban. Otras, conversaban en grupos.

Pasó un tiempo y llegaron varios vehículos. Se estacionaron frente a la casa. Hubo agitación, carreras y empujones. Después, llegó la carroza y varias manos alzaron el ataúd y lo depositaron dentro del vehículo. Después, algunos familiares, tomaron del brazo al viejo que aún estaba mirando unas rosas rojas que recién habían florecido y lo llevaron casi en vilo hasta el segundo automóvil.

El no opuso resistencia ni dijo palabra alguna. Tampoco contestó las frases de pésame. Callado, con la vista fija en el vacío, se sentó y se apoyó en el respaldo del asiento. Los motores de todos los vehículos se pusieron en marcha y la comitiva partió en forma lenta rumbo al cementerio que existía en las afueras del pueblo.

Luego de media hora, el cortejo detuvo su marcha frente a las puertas del camposanto. Las escenas de dolor, los llantos, empellones y frases monótonas, se repitieron una y otra vez.

Varios de los presentes, se esforzaron para reunir los ramos y coronas que luego serían colocadas frente al nicho y sobre la lápida.

Al verlo tan callado, pálido y respirando con dificultad, los más cercanos al anciano, antes de bajar, le dijeron en tono paternal que

se quedara “ tranquilo “ dentro del vehículo. Que no iban a demorar mucho. (Temían que el viejo sufriera un ataque o algo similar)

No les contestó. Cerró los ojos y siguió con la espalda y su cabeza apoyadas en el respaldar.

Bajaron del vehículo y se alejaron en dirección al nicho. El viejo espero unos minutos. Miró en dirección a la carroza y vio a sus familiares preocupados de sacar el ataúd desde el vehículo mortuario. Con dificultad, se levantó. Apoyó su mano en la puerta del vehículo y salió al exterior. Inhaló con fuerzas hasta repletar sus pulmones de aquel aire mezclado con el aroma de un césped recién cortado y exclamó en voz alta ¡¡la vida va sumando años y nos va restando lo que amamos!! .

Necesitaba estar unos minutos a solas y se alejó, paso a paso, del lugar.

Lo hizo lentamente. Iba en dirección contraria a la que sería la última morada de su esposa. Lejos de las miradas de todos, afloró la pena acumulada por meses y sintió sus lágrimas correr por las mejillas.

Apretó sus puños con ira. Todo había sido tan rápido. Ese lugar donde se encontraba le parecía parte de una pesadilla de lo cual quería despertar.

Una cruel y mortífera enfermedad había terminado en pocos meses con la vida de su compañera. A partir de esa noche, cuando ella falleció entre sus brazos, el supo realmente lo que era la soledad. Cuatro hijos, todos casados y con varios nietos quedaron como raíces de ese matrimonio que había durado 35 años. Pese a esa numerosa familia, el sentía que había quedado completamente solo.

Mientras seguía caminando en dirección contraria, escuchó a lo lejos, el acostumbrado sermón religioso, algunos discursos, rezos y cantos. Entre toda esa ocupada gente y entre tantas voces, nadie reparó en él. Mientras caminaba, miraba hacia atrás para ver si lo seguían.

Cada vez más lejos del lugar asignado para depositar el ataúd, el viejo caminaba lentamente, recordando uno a uno los bellos momentos vividos junto a su fiel compañera. Se amaron, día tras día,

durante casi cuatro décadas, igual que aquel primer día cuando decidieron unirse en matrimonio.

Por razones de trabajo, a veces se separaban por algunos días pero, la gran mayoría del tiempo, estuvieron juntos, felices, viviendo cada instante como si fuera el último, hasta que apareció en ella, la fatídica metástasis que le provocó la muerte en pocos meses.

Junto con recordar los bellos momentos vividos junto a su mujer, también giraban en su memoria las últimas conversaciones que escuchó de una pieza contigua al living entre sus hijos, las nueras y yernos una semana antes de la partida de su esposa.

Unos opinaban que había que trasladarlo a una casa de reposo, otros que habría que contratarle una enfermera.

También escuchó alegatos entre ellos para decidir quien asumiría la responsabilidad de su cuidado. Todos trabajaban. Todos tenían compromisos. No lo dijeron en voz alta pero, el papá sin su mujer, era un problema que nadie quería asumir individualmente.

Siguió caminando. Se sentía cansado después de andar cerca de 300 metros. Se detuvo y se sentó bajo un frondoso árbol. Extrajo de su bolsillo un pequeño frasco. Este contenía más de la mitad de unas tabletas de color azul para dormir. Formaban parte del tratamiento de su mujer. A ella, casi al final de su letal mal, luego de inyectarle morfina para sus continuos y crueles dolores, le daban una para que pudiera dormir un par de horas.

Abrió la tapa del envase y lo puso en su boca. Luego, con un brusco movimiento, tragó la totalidad de los comprimidos.

Después, se acostó sobre el césped y cerró los ojos. Al poco rato, sintió que su cuerpo y su mente formaban parte de un sueño profundo.

Mientras parecía dormir, los que pasaban cerca, se detenían y miraban al anciano. Les llamaba la atención que este sonreía con sus ojos cerrados. Su rostro transmitía felicidad. En ese preciso momento, nadie imaginaba que él había iniciado el viaje sin retorno que lo llevaría hasta el lugar donde estaba su compañera.

Días antes, los que estuvieron junto a él al lado del lecho de la enferma, al verlo tan sereno, jamás notaron en el anciano un gesto que les produjera una inquietud por la inminente partida de su mujer. Se mostró sereno. Sin llantos y sin escenas. Sin embargo, ya había decidido viajar hasta donde iría su esposa en el mismo instante que percibió el último suspiro mientras la tenía entre sus brazos.

Ahora, en ese momento, mientras él viajaba por blancos senderos iluminados con una luz celestial, ella le tendía sus brazos invitándolo hasta su nueva morada...

La gente que transitaba por el lugar, miraban al anciano que se encontraba durmiendo. Sin embargo, cuando vieron que el viejo dobló su cuello y su rostro se estrelló contra el pasto, varias personas dieron aviso a un funcionario del lugar. Este, a su vez, ubicó a los familiares. Varios llegaron corriendo y quisieron levantarlo pero, al ver su cuerpo sin fuerzas, lo dejaron de nuevo en el suelo.

Trataron de reanimarlo con respiración boca a boca. Se pidió una ambulancia la cual, no demoró en llegar. Le colocaron oxígeno y le aplicaron electro-shock. No hubo reacción. Fue declarado muerto...

Los familiares no podían creer lo que estaba sucediendo. Minutos antes habían sepultado a la mujer y ahora, había fallecido el esposo.

El viejo, mientras tanto, ajeno a lo que sucedía a su alrededor, viajaba feliz entre nubes celestes y brillantes luces blancas. Sentía cada vez menos todo lo que hacían con su cuerpo. Y así, feliz, sonrió una vez más...y esa sonrisa final fue la que desconcertó al médico, a sus ayudantes y los familiares del anciano...porque ella se produjo, casi 15 minutos después de certificar su muerte...

En todo caso, el anciano ya formaba parte de una historia...

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

Complicada confusión

En casa de Ricardo, capitán del equipo del rudo deporte denominado “ full-contact ”, (deporte que acepta golpes de pié, piernas y manos) se reunieron la mayoría de los integrantes para celebrar la victoria que los llevó a obtener ese año, el campeonato y la copa. Casi veinte hombres cantaron y bailaron varias horas, alrededor del trofeo.

Hubo brindis, cantos, gritos y muchos discursos. Ese día no se admitieron mujeres porque la ocasión era especial solo para rudos combatientes.

El dueño de casa, feliz con el resultado del equipo que capitaneaba, una tras otra, destapaba botellas de distintos licores. Recibía abrazos y escuchaba frases de elogios por su labor desarrollada con el grupo.

Pese a su contextura física, luego de beber por más de 6 horas, se sintió mareado y decidió descansar unos minutos en un dormitorio del segundo piso.

Sus compañeros no se dieron cuenta y siguieron festejando.

También, hubo varios simulacros del violento deporte. Cayeron sillas y se quebraron algunos vasos con aquellos pesados cuerpos saturados de licor.

Cerca de las cinco de la madrugada, cuando ya no había más que beber, la mayoría de los rudos deportistas, decidieron retirarse

a sus hogares.

En silencio, pálido y con cara de cansancio, estaba el dueño de casa parado junto a la puerta para dar el último apretón de manos.

A medida que iban saliendo, todos sin excepción, se despedían con el estilo acostumbrado. Propinaban golpes de puños y de pies a la cara, al cuerpo y a las piernas, los que Ricardo debía esquivar y responder como sólo él sabía hacerlo. Sin embargo, en esta ocasión, pese a todo el duro castigo recibido, curiosamente, no hubo respuesta por parte de su capitán. Sólo respondía con quejidos y muestras de dolor.

Cuando el último de los visitantes salió al exterior, el dueño de casa cerró despacio la puerta y se desmayó. Su cuerpo casi sin vida, quedó tendido en el suelo.

En la calle, mientras se dirigían a sus respectivos domicilios, los más sobrios comentaban sobre la extraña actitud del capitán. Finalmente, sacaron por conclusión que debía estar muy borracho porque, de otra manera, este habría respondido con la rapidez y furia acostumbrada a sus golpes y patadas.

Algunas horas más tarde, Ricardo con voz temblorosa, llamó con su celular a varios de los invitados para darles a conocer una terrible desgracia.

La mayoría de ellos, estaban despiertos porque minutos antes, habían atendido los llamados de carabineros para que se presentaran en forma urgente en la sala de cuidados intensivos del hospital.

El motivo de esa imperiosa citación era verificar con sus declaraciones, la responsabilidad que les competía a cada uno de ellos por la infinidad de golpes aplicados en el cuerpo y en el rostro de Marcelo, sacerdote y hermano gemelo de Ricardo que también vivía en la casa...

El cura, se encontraba en la sala de cuidados intensivos. Se mantenía en coma y conectado a un respirador artificial.

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

Una pequeña carretela...

El Gerente de una Sucursal comercial que se encontraba en las afueras de Puerto Montt, la cual formaba parte de una red de empresas internacionales, viajaba ese día de regreso a su hogar que se ubicaba en la parte alta de la ciudad. Eran ya pasadas las nueve de la noche y estaba rendido. Había sido una larga jornada de trabajo.

Conducía una moderna camioneta doble cabina con espacio para carga en la parte trasera. Era una de esas noches del mes de Julio, ahogada por lluvias torrenciales y fuertes ráfagas de viento helado.

Antes de subir la empinada cuesta, abrochó su parka, conectó la calefacción del vehículo, encendió las luces intermitentes y los focos neblineros, porque en ese momento la visibilidad era mínima. Luego, emprendió la marcha. El limpiaparabrisas iba en su máxima velocidad pero, no lograba despejar el vidrio porque no tenía fuerzas suficientes para luchar contra el torrente de agua que caía sin parar. Conduciendo despacio, el vehículo comenzó a subir la cuesta lentamente. La oscuridad era cómplice con la lluvia y el hombre apenas distinguía la franja blanca que dividía en dos la carretera.

A medida que avanzaba con precaución, pensaba que a esa hora, su casa debería estar calefaccionada por una gran chimenea.

Al llegar, se cambiaría la ropa húmeda, se pondría sus pantuflas y después, instalado cerca del fuego con un vaso de whisky, vería las noticias en su moderno equipo de pantalla plana. También, como era

habitual, el perro regalón se instalaría a sus pies para dormitar un rato.

Sus pensamientos desaparecieron en forma brusca porque al doblar la segunda curva, se vio forzado a efectuar un brusco viraje para evitar colisionar por detrás a una pequeña carretela cargada con varios trozos de troncos. Pensó en gritarle algo al hombre que estaba de pié delante del caballo pero, calló al ver la tétrica escena.

El pequeño caballo que tiraba la carretela había resbalado sobre el pavimento. Estaba con sus patas delanteras abiertas a punto de abrirse en dos. El hombre luchaba con una mano para que el peso de la leña no empujara hacia atrás el pequeño carruaje y con la otra, trataba de juntar las piernas del animal. Bajo ese diluvio, arriba, al descubierto, permanecía sentado un pequeño niño de no más de ocho años.

El Gerente se conmovió y paró unos metros adelante del pequeño carruaje.

Subió el cuello de su parka y se acercó al campesino. Entre la feroz lluvia y el sonido silbante del viento, escuchó al hombre darle disculpas por no tener luces de emergencia.

Lo calmó diciéndole que eso no era lo más importante, porque en ese momento había varias cosas que hacer en forma rápida. Dicho esto, abrió una de las puertas de la camioneta y tomando al niño entre sus brazos, lo sentó sobre el asiento trasero para dejarlo a resguardo de la lluvia.

Después, le dijo al hombre que lo ayudaría a traspasar los pequeños troncos desde la carretela hasta la parte trasera del vehículo.

El pobre hombre estaba asombrado y desorientado. Le era imposible creer lo que estaba viendo. Un ejecutivo vestido en forma impecable acarreando leña bajo esa implacable lluvia.

El gerente junto con apurarlo para compartir esta dura tarea, sentía que por cada trozo de leña que transportaba entre sus brazos y por cada minuto que transcurría en esa acción, el agua bajaba por su cuello, seguía por la espalda mojando su ropa interior y luego, se deslizaba por sus piernas anidando entre sus calcetines y los finos zapatos.

Mojado y con mucho frío, luego de que ambos dejaran la

leña sobre el vehículo, el ejecutivo optó por iniciar la tercera tarea. Era la más complicada y revestía mucho riesgo. Había que evitar que el pequeño caballo abriera sus extremidades delanteras hasta quebrarlas. Le dijo al hombre que amarrara con un lazo las dos patas delanteras del caballo dejándole un espacio con una abertura de medio metro para que pudiera caminar. Luego, con una soga, amarraron los palos entre los cuales estaba el animal y la otra punta, la anudó en el parachoques trasero del vehículo.

El Gerente subió a la camioneta y mediante unas señas, indicó al campesino estar atento al pequeño tirón. La puso en marcha y lentamente iniciaron el ascenso de las dos cuestas restantes.

En un día normal, esa cuesta la subía en no más de 10 minutos y bajo una lluvia torrencial, en casi 20, sin embargo, esa noche para evitar que el pobre animal sufriera la quebradura de sus patas delanteras... demoró cerca de dos horas en llegar a la parte alta.

Al llegar a terreno plano, se estacionó nuevamente y soltaron las amarras del caballo y del vehículo.

Estaba mojado y con mucho frío, sin embargo, se bajó del vehículo y consultó al hombre donde vivía.

Este luego de varios titubeos, le indicó el lugar. Puso nuevamente en marcha la camioneta y se dirigió con el niño y los troncos hasta el humilde hogar.

Allí esperó unos minutos mientras llegaba la pequeña carretela. Bajó una vez más del vehículo y pese a que el campesino se opuso, le ayudó a descargar la madera, dejándola apilada cerca de un pequeño horno de barro.

Al despedirse, el hombre y su mujer junto a varios niños pequeños, le dieron mil gracias y le dijeron que iban a pedir a Dios que lo protegiera. Acto seguido, con cierta vergüenza por lo humilde de su pequeño rancho, lo invitaron a tomar una taza de café caliente.

El gerente, que llevaba cerca de tres horas con sus ropas y calzado totalmente mojados, tiritando de frío, aceptó gustoso.

Lo hicieron pasar a una pieza con piso de tierra. Esquivan-

do las goteras, en una pequeña mesa colocaron unos tazones de metal y le sirvieron café acompañado con unas tortillas de rescoldo. Compartió cerca de 30 minutos con ese grupo de gente que sufría con dignidad su pobreza y luego, se despidió entre abrazos y apretones de mano.

Era cerca de la medianoche cuando llegó a su hogar. Antes de acostarse, pensó que nunca antes había saboreado con tantas ganas, una humilde taza de café mezclado con rostros y tímidas sonrisas de esa humilde familia. Recordaba, que durante todos los minutos que compartió con esa gente, le demostraron felicidad y agradecimiento por su inesperada ayuda. Notó que su corazón latía en forma diferente producto de una nueva sensación jamás antes experimentada.

Decidió visitarlos al día siguiente para anotar los elementos que necesitaban para reparar el techo de su modesta vivienda. También, les llevaría juguetes y víveres. Además, como su estufa consumía leña en forma quincenal, haría un trato con el campesino para que lo abasteciera a precio normal.

Caminó en puntillas por el alfombrado pasillo de su moderno chalet. Miró como dormían sus hijos. Los tres pequeños, abrigados entre frazadas y cobertores de sus amplias camas, soñaban sin sobresaltos, entre juguetes y revistas, mientras la calefacción mantenía la pieza con una agradable temperatura ambiente.

Los miró con cariño, pero sintió una sensación distinta esta vez. Era el frío de la vergüenza. Se dio cuenta que éstos escalofríos no eran el resultado de un resfrío por lo ocurrido en la carretera. Eran producto de los nervios. Luego, tuvo pena y ganas de llorar.

Se acostó al lado de su mujer. Trató de conciliar el sueño pero no pudo porque recordaba minuto a minuto, la escena de lo vivido. Al final, el cansancio lo hizo cerrar los ojos y se quedó profundamente dormido.

Su sueño lo llevó hacia un lugar donde él parecía flotar entre nubes. Pudo distinguir una figura que conocía desde pequeño. Era ese hombre por el cual sentía admiración y tristeza cada vez que lo veía clavado en una cruz.

En ese maravilloso sueño, el caminaba descalzo por un monte hacia donde estaba esa figura tan especial. Tanto así, que lograba quedar frente a El. Estaba de rodillas. Al levantar la vista , recibió la dulce mirada que Jesús otorga a los seres que ama. Sintió dos cálidas manos sobre sus hombros y escuchó una voz que le decía:

- Hijo, estoy feliz contigo-, -Hoy, por fin has dado un gran paso para llegar hasta mi corazón.-. -A partir de este momento ya no serás sólo un empresario dedicado en forma fría e indolente a sumar y sumar fortunas.-

- Ahora, ante mis ojos, te has convertido en una persona sensible, humanitaria y solidaria.-, -Estoy seguro que a partir de hoy, harás todo lo posible para convencer a muchos otros como tú para enmendar la odiosa desigualdad.-. -Vas a combatir la miseria y el hambre de la gente humilde. Por fin, podrás notar que existen miles de hombres, mujeres y niños que siguen viviendo en el olvido: -Son los mismos que en forma anónima con su trabajo, su esfuerzo y su pobreza han hecho posible por cientos y cientos de años con múltiples trabajos mal remunerados que tu fortuna y la de muchos más, crezca y se multiplique.-

- Hoy, después de tantos años, estás en el umbral del verdadero camino que un día no muy lejano, te conducirá a Dios.-

El empresario abrió sus ojos al sentir la tibia humedad en sus mejillas de muchas lágrimas derramadas por esa nueva sensación de felicidad.

Se levantó y de rodillas junto a su cama, oró dando las gracias a Dios por brindarle la oportunidad de cambiar su fría forma de pensar...

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

Ventanas sin barrotes

El hombre, desde muy niño, sintió un odio profundo hacia las ventanas que tenían barrotes y permanecían cerradas.

La razón era simple: siempre las tuvo frente a él en distintas épocas de su vida.

Recordaba que primero fue en un corral donde lo dejaba su madre durante varias horas, mientras planchaba ropa ajena. El trataba de acercarse a ella pero, los barrotes de madera se lo impedían. Luego, en la guardería infantil los vio por vez primera fabricados de metal y colocados en las ventanas.

Después, los miraba en una improvisada sala de Kínder de una población obrera.

Cuando creció, por falta de medios, su madre decidió internarlo en un colegio estatal para niños indigentes. Todas las ventanas estaban clausuradas y tenían barrotes.

Los encargados del recinto, sacaban una vez al mes a los internos mayores, para dar vueltas por un balneario cercano. Iban dentro de un viejo bus que tenía las ventanas clausuradas con rejillas de alambre.

Logró aprender un oficio de carpintero, el cual le permitió trabajar sin relacionarse con el fierro. Sin embargo, un día quedó encerrado en el cuarto de la madera, el cual tenía dos pequeñas ventanas con barrotes. Por medio de golpes de martillo, logró derribar los fierros y pudo salir.

Cuando se independizó, arrendó un pequeño departamento que lamentablemente, tenía ventanas con protecciones por ser un quinto piso.

Cada día que pasaba, ver ventanas cerradas con barrotes le producía molestia y angustia.

Por tener buen físico, consiguió un empleo como guardia dentro de un camión de seguridad. Como es lógico, no se podían abrir las ventanas y eso lo mantenía tenso y de mal humor.

Un día después del accidente del camión, tuvo que ser trasladado a un viejo Hospital por sus múltiples heridas. Era un viejo edificio con altas murallas. Pudo divisar a la distancia que habían ventanas. Eran pequeñas, estaban cerradas y tenían barrotes.

Fue tal su rechazo a los barrotes que se enfermó, sufrió una severa crisis y sus nervios se alteraron a tal punto que fue recluido en una sala de psiquiatría, donde estuvo dos años en recuperación. Desde su lecho, amarrado a veces con camisa de fuerzas, podía ver pequeñas ventanas entre- abiertas y con protecciones metálicas.

Pasó el tiempo y un día lo llevaron ante una comisión de médicos y sicólogos. Lo examinaron y le hicieron varias preguntas. Sus respuestas fueron normales y recibió el alta. Se vistió rápidamente y salió disparado hacia la calle.

Mientras caminaba alegre por una avenida, miraba una a una todas las ventanas de los edificios, del vecindario, de las iglesias. Todas estaban cerradas. Todas tenían protecciones de metal.

Sintió la misma furia. Sin embargo, sonrió porque había engañado a los doctores. Ninguno de ellos debía saber que hoy, como nunca antes...sentía un feroz rechazo hacia ellas.

Entonces, decidió que debía hacer algo para remediar para siempre esta situación. Buscó el edificio más alto de la ciudad. Tomó el ascensor y llegó al último piso señalado con el número 40 .

Había un corredor que daba a un pequeño balcón, el cual por seguridad, tenía dos ventanas con fierros de protección y candado.

Con gran alegría al fin pudo hacer lo que tanto anhelaba.

Con un martillo que escondía entre su ropa, rompió el cerrojo.

Luego...abrió de par en par las ventanas al amor y....se
lanzó al vacío...

-o-o-o-o-o-o-o-o-o-

Mario y el mar.

La antigua y descolorida goleta pesquera, navegaba mar adentro con ocho hombres a bordo.

Durante la travesía, como lo hacía siempre, el patrón de pesca, observaba los cambios de las nubes y de los oleajes. Luego, la dirección y la fuerza de los vientos. Incluso, el vuelo de las aves.

Pese a estar en medio del océano rodeado de aguas que no cesaban de danzar, se podría decir que este hombre conocía cada lugar con sus escollos y sus profundidades. Era un viejo lobo de mar que había surcado esta zona por más de 15 años. Ese día, como en miles anteriores, se dirigían a un lugar que él ya conocía. En ese sector, abundaban los peces pero, quedaba a más de 40 millas de navegación, distancia que los separaban del borde costero.

Mario era un hombre recio, formado desde pequeño en tareas de la pesca. Contaba a su haber con cientos de historias. La mayoría, verdaderas otras, producto de leyendas acumuladas durante toda una vida en el océano.

Cargaba sobre su memoria, un triste pasado familiar que evitaba recordar. Provenía de una familia muy pobre, con varios hermanos y una madre abnegada y valiente. Ella, al quedar viuda, con tenaz esfuerzo, desempeñó diferentes oficios y trabajos. Algunos de ellos, por su rudeza, eran considerados aptos solo para varones. Sin embargo, nada la hizo retroceder y pudo, entre sudor y lágrimas, criar y alimentar a sus cuatro hijos.

Mientras encendía su pipa, recordaba que una mañana, luego de varios días que su padre navegaba mar adentro desarrollando faenas de pesca, sintió a su madre emitir un grito y luego estallar en sollozos. Corrió hasta donde estaba y le consultó que le sucedía. Ella, con una pequeña figura tallada en madera entre sus manos y con lágrimas en los ojos, le dijo que su padre cuando salía a navegar, jamás olvidaba a San Pedro. Esa situación era un mal presagio para los pescadores. Después, se mantuvo apenada casi todo el día.

Recordó que junto a su madre, vio como la noche apareció cubriendo el caserío con su negro poncho. Las horas somnolientas, se sumaron una tras otra. A medida que avanzaba el tiempo, un abanico de tímidas luces multicolores, asomaron en el horizonte tras encaramarse sobre grandes nubes de color gris. Era la infinita señal para recibir un nuevo amanecer. Cerca de las seis de la madrugada, enfiló rumbo a la caleta junto a su madre. Ambos tenían mucho frío pero, no era impedimento para esperar a su padre. Pasaron las horas y su viejo no llegó. El falucho y sus tripulantes tampoco. Mario, con solo 10 años de edad, estuvo con su madre casi un mes, día tras día, mirando el horizonte para tratar de divisar la embarcación donde él navegaba. Todo fue en vano. El pequeño navío junto a todos sus tripulantes desapareció para siempre. Su padre quedó sepultado, oculto entre las profundidades. En un lugar especial y eterno, sitio que, solo el mar conocía.

Al cumplir los 15 años, decidió asumir la responsabilidad como jefe de hogar y se embarcó en una pequeña goleta. Su madre falleció cinco años más tarde y él con su esforzado trabajo, tuvo que cuidar y velar por la educación de los tres hermanos menores.

No paró de navegar, efectuando diversas labores en distintos tipos de embarcaciones de propiedad de muchas empresas.

Con una valentía y experiencia a toda prueba, se hizo conocido en gran parte del litoral del norte.

Pasó el tiempo, y la mayoría de los hermanos, con el aporte de su rudo trabajo, se hicieron profesionales y emigraron a distintos lugares. A partir de ese momento, quedó solo. Tuvo algunos amoríos pero,

nunca se casó y su única compañía fue el mar.

Ahora, con 70 años a cuestas, aún seguía navegando como capitán de una embarcación pesquera. Lo hacía en una zona complicada y alejada de la costa.

El propietario del pequeño navío, antes de zarpar, los había reunido para ofrecerles una última oportunidad de conseguir una buena pesca. Caso contrario, les dijo, tendría que cancelarlos a todos y vender la goleta.

Mario lo escuchaba en silencio. Terminada la reunión, tomó su gorra y le dijo a su gente que se prepararan para zarpar en una hora. Se tenía fe y con ella, transmitía esperanza a sus tripulantes.

Algo le decía que pronto encontraría un cardumen que les permitiría un desahogo económico luego de varias semanas de “llegar volado”, (sin pesca).

Luego de navegar varias decenas de millas, al fin logró ubicar una gran mancha. Eran miles de peces. Detuvo el motor. Dio instrucciones para quedar fondeado entre aguas. El viento a estribor hacía mecer al navío. Hizo bajar el ancla y después, lanzar las redes. Al cabo de media hora, pusieron el motor en marcha y el grupo de hombres “desamalló”, (recogió las redes) recogiendo centenares de peces de distintos tamaños y pesos. Las bodegas ubicadas en la zona “obra viva”, (parte de la embarcación dedicada a la carga) quedaron completas.

Acto seguido, enfiló la pequeña nave hacia la costa. Estaba oscureciendo y el sol desaparecía tras el horizonte. Se agitaron las olas. En breves minutos, sobre sus cabezas escucharon los clásicos sonidos de truenos y relámpagos.

Se acercaba un huracán de grandes olas que producían los fuertes vientos y la abundante lluvia.

Mario tomó el timón entre sus curtidas manos. Cerraron la bodega y la puerta de la sala de máquinas. Encendieron las luces verde de estribor y la roja de babor. La luz blanca de tope brillaba con fuerza en el palo mayor.

Las olas invadían la cubierta y el barco crujía como si fue-

ra a partirse en dos. Rugía el vendaval pero, nadie sentía temor. Los tripulantes miraban a su capitán que con sus gritos y maniobras parecía dominar hasta los vientos.....

Pedrito, el más joven de la tripulación, perdió pie con la fuerza de una masa de agua que se estrelló a babor, resbaló y cayó al mar. Entre las olas, gritaba con desesperación. Mario entregó el timón al segundo de a bordo. Hizo tirar un par de salvavidas y, amarrándose de la cintura con un grueso cordel, se lanzó al agua. Luchó unos minutos que parecían eternos por la fuerza de las olas, logró llegar hasta donde estaba el muchacho. Lo tomó con un brazo por detrás del cuello y nadó hasta tomar uno de los salvavidas.

Los hombres que estaban en la goleta los arrastraron hasta un costado. Lograron subir al muchacho, el cual estaba a punto de desmayar. Luego subió el capitán. Todos corearon su nombre y lo felicitaron.

Se cambió rápidamente su ropa y botas. Bebió un vaso de aguardiente y volvió al timón porque la lucha con el mar aún no terminaba.

Con un poco de frío, daba las instrucciones a los tripulantes mientras orientaba el timón para enfilear la goleta hacia tierra. Luego de varias horas de lucha con las encrespadas olas, la costa ya se divisaba a pocas millas .

Pese al temor de sus hombres, el capitán se adentró entre una cadena de islotes rocosos donde no existían faros. Ese sector no era frecuentado por los pescadores. La gran mayoría de las embarcaciones, por temor a zozobrar, no se atrevían a navegar de noche bordeando ese sector de la costa. Las inmensas olas rugían y rompían entre los peñascos que los rodeaban por todas partes.

El capitán, dio el orden de colocarse los chalecos salvavidas y trincar todos los objetos sobre la cubierta. Llamó al contraestre para entregarle el timón y desde el púlpito, empezó a dar instrucciones:

-Aten cabos, cierren las escotillas y amarren las velas.-

Se oían sus gritos -vira a estribor- luego -vira a babor,

para esquivar las rocas.- Con su experiencia como capitán, sabía que para barcos de pequeña eslora no lograr acercarse a tierra era su peor enemigo. Debían refugiarse pronto para evitar el enfrentamiento directo con grandes olas.

El falucho, cargado a su máximo nivel, no podría “ ganar fondo “ devolviéndose mar adentro. Había que sortear los escollos lo más rápido posible y llegar a tierra. Para ello, puso el motor a su máxima potencia en aquellos tramos donde no existían roqueríos.

El pequeño barco era sacudido por invisibles manos de gigantes. Crujía desde distintos lados y a ratos, se hundía entre montañas de agua. Segundos después, que parecían eternos, volvía a surgir.

Al fin, divisaron unas luces de viviendas costeras. La tierra estaba cerca.

Mantuvo esa ruta que parecía un camino derecho a la muerte. Nadie de los tripulantes reclamó o dijo algo. Mantenían silencio porque sabían que sólo Mario conocía un paso entre los arrecifes. Este, con la mirada fija y serena, lanzó el barquito en medio de las rocas, tan cerca de ellas, que se podían tocar con las manos.

De pronto, todo cambió. Como por arte de magia, estaban flotando tranquilos en una pequeña ensenada. El viejo capitán, se vio rodeado de sus compañeros entre gritos de alegría, palmoteos y abrazos.

Era otra tripulación que se sumaba a otras más salvadas en anteriores ocasiones por la destreza de Mario.

El se arrodilló y sacó de su bolsillo una pequeña figura tallada en madera que dejara su padre y que él conservaba desde pequeño. Era San Pedro, santo patrono de los pescadores. La miró largamente, luego la besó y volvió a guardarla en su chaqueta.

Sonrió porque una vez más le torcía la mano al destino y, el mar a su vez, le demostraba su respeto acariciándole sus botas con suaves olas mientras ayudaba a amarrar los cables junto a un improvisado muelle artesanal de una caleta.

Su avanzada edad lo obligó a renunciar. Ese fue su último viaje. Decidió que a partir de ese día, no volvería a navegar y con gran

nostalgia, se quedó para siempre en tierra. Cuentan, los que lo conocían, que todas las mañanas salía a pasear por la arena con su perro llamado “ ancla “ y llevaba siempre puesta su gorra de marino.

Pasaron algunos años. Escuchando el ruido de las olas cuando acariciaban la arena, solía rememorar con los ojos cerrados, antiguos recuerdos de esa época marinera que el tanto amó. Dicen que la nostalgia y el peso de la triste soledad, lo aniquiló cada vez más, hasta que una mañana lo encontraron muerto en la playa.

El viejo marino estaba boca arriba, mirando hacia el cielo. Su perro, fiel compañero, gemía a su lado. Entre sus manos, tenía la figura tallada de San Pedro.

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

La última pesadilla....

Esa mañana, después de tener una larga noche plagada de insólitas pesadillas, Jorge trató de abrir sus ojos, pero los párpados le pesaban demasiado y no pudo hacerlo. Una sensación extraña lo mantenía bajo los efectos de un sueño que no lograba terminar. Tenía la costumbre de sufrir pesadillas, a veces tan reales, que hasta parecía vivirlas.

Por muchos años, luego de padecer los más variados sueños, al día siguiente, su mujer le volvía a decir que no podía comer de noche y menos beber. Sus familiares ya no le hacían caso cuando los llamaba para contarles el último sueño.

Sin embargo, la pesadilla de este día era diferente a todas las anteriores. Soñó primero que sufría un ataque al corazón, que se ahogaba sin aire y que se hundía en un gran vacío. Gritaba y gritaba pidiendo ayuda y nadie lo escuchaba. Mientras más se hundía más fuerte eran sus gritos. Al final, cansado y nervioso, se rindió y dejó que su cuerpo cayera hasta tocar fondo.

Luego, vino lo más impactante: De la oscuridad donde se encontraba pasó bruscamente a una luz radiante. Eran luces de ampollitas o de focos que se reflejaban en el vidrio de una ventana que estaba muy cerca de su rostro.

Pensó que estaba en una máquina y que le iban a practicar un scanner.

Sin embargo, no había médicos ni enfermeras. No lograba

explicarse donde estaba. Cuando quiso mover los brazos o las piernas, tampoco pudo hacerlo.

Optó por levantarse y notó que estaba inmóvil, como petrificado. Sintió temor y pensó en una parálisis. Empezó a llamar a viva voz a su esposa y familiares. Nadie lo escuchó, ni se acercaron hasta donde él se encontraba. A gritos, los nombró uno a uno hasta quedar afónico. Nada. Silencio absoluto. Sintió mayor terror cuando se dio cuenta que tampoco escuchaba el sonido de sus propias palabras. Era el peor sueño que jamás había tenido.

El miedo se apoderó de Jorge aún más, cuando sintió que sus codos y sus piernas chocaban contra una dura y lisa superficie.

Sentía mucho calor. Le faltaba aire. A la incómoda posición donde se encontraba dentro de ese pequeño recinto, se sumaba el hecho de estar vestido. Además, una especie de gasa o velo que tenía alrededor de la cara, lo sofocaba más y más.

No podía creer que se había acostado con terno, camisa y corbata. Es probable, pensó, que me emborraché y me metí a la cama sin desvestirme. Todo era tan raro y tan extraño.

A medida que transcurrían los minutos, el calor era insupportable.

Pero, la sed y el cansancio no eran un impedimento para que Jorge luchara con el resto de las fuerzas que aún tenía para salir de esa espantosa pesadilla.

Comenzó a rezar en silencio. A los pocos minutos de iniciar la oración, lo invadió una inmensa alegría al oír voces. Sin embargo, esa dicha, se esfumó porque nadie se acercó y solo escuchó muy cerca de donde estaba, una mezcla de conversaciones, sollozos, rezos y algunos cantos religiosos.

Siguió bregando para levantarse. El pavor unido a lo extraño decían a su oído que no podía estar ni un segundo más en esa posición que lo mantenía inmovilizado.

De repente, el hombre ahogó un grito de alegría que se

mezcló con otro de espanto. Vio muy de cerca, el bello rostro de su esposa que lloraba amargamente. Sus lágrimas rodaban por las mejillas. La mujer, en medio de su pena, se acercó lo más que pudo a esa especie de ventana que los separaba y lo miró por varios minutos. Jorge se dio cuenta de que ella intentaba comunicarse o por lo menos, decirle algo con frases entrecortadas por los sollozos. También, trataba de besarlo pero, entre ambos, estaba esa pared transparente que inexplicablemente los mantenía separados.

Desesperado, el hombre la llamó varias veces por su nombre. Le preguntó que estaba sucediendo y le imploró que lo ayudara a despertar. Todo fue inútil. Vio como su mujer, con los ojos enrojecidos besaba varias veces esa superficie transparente. Luego, lo miró otro instante y murmurando unas frases que Jorge no pudo escuchar, desapareció de su vista por breves segundos... para aparecer nuevamente con la pequeña hija de ambos entre sus brazos indicándole con su dedo índice el lugar donde él se encontraba. Su hijita también lo observó y lo saludó con una de sus pequeñas manos.

Jorge, desconcertado trató de buscar una explicación. De algo si estaba seguro, era una odiosa pesadilla de la cual pronto escaparía. Para ello, debía despertar a la brevedad.

Comenzó a mover los brazos y las piernas. Trató de incorporarse mientras pensaba que todo volvería a la normalidad. Mientras mantenía esa lucha por despertar pudo ver a muchos de sus familiares y amigos que lo observaban desde el otro lado de esa pared transparente.

Después, sintió ruidos. Las luces se fueron apagando y la ventana se cerró. Quedó en una completa oscuridad. El hombre se dio ánimo y pensó que iniciaba otro sueño.

Pese a lo absurdo de todo lo sucedido en la pesadilla anterior, se tranquilizó porque él sabía que ningún sueño era igual a otro.

En medio de esa oscuridad, empezó a experimentar otro sueño. En esta pesadilla, unas manos invisibles lo levantaban de un lugar donde estaba y lo transportaban hasta un vehículo. que viajó lentamente por casi media hora. Escuchó cuando la máquina se detuvo.

Luego, lo bajaron y lo llevaron a otro lugar. Después de algunos minutos, notó que era transportado en un coche más pequeño que tenía unas ruedas que rechinaban por falta de grasa.

Escuchó muchas voces. Nuevos llantos y rezos. Incluso, hasta un discurso.

Jorge ya no sentía el temor que tuvo con el sueño anterior. Sólo extrañeza por los ruidos, las voces y la oscuridad.

Después, en medio del silencio, volvió a experimentar la sensación de estar bajando. Fue un trayecto corto. Otro silencio. De pronto sintió unos ruidos extraños sobre la pared que tenía sobre su cuerpo. Eran sonidos que él conocía. Jorge sonrió y se sintió más tranquilo.

Puso atención nuevamente y se dijo: -¡mañana, cuando despierte, le contaré este horrible sueño a mi vieja!-, -aunque no quiera oírme- la seguiré por toda la casa porque estoy seguro que no me va a creer, cuando le diga el final de esta extraña pesadilla- -¡primera vez que sueño mi propia muerte, si hasta sentí que me tapaban con tierra y con piedras! –

Mientras tanto, las últimas paladas de tierra, terminaban por dar sepultura al cadáver de Jorge.

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

“ MANOLO ”

Recuerdo que cuando era un niño con apenas 10 años de vida, vivía en el campo con mis abuelos. El se llamaba Arturo, era Director de la única Escuela Básica ubicada en un lejano pueblo ubicado hacia la cordillera de la Sexta Región y Juana, su esposa abnegada, hacía el trabajo de una profesora ad honorem, sin título normalista pero, con una gran orientación en trabajos manuales, lencería y repostería. También era enfermera de los alumnos cuando la ocasión lo requería.

Los tres vivíamos en una casa pequeña edificada a un costado del colegio.

En el terreno posterior, había un cerro de gran altura que en su base tenía muchas piedras y rocas esparcidas en varias direcciones. Los lugareños decían que ellas eran producto de una erupción volcánica ocurrida varios cientos de años atrás.

Cuando mis abuelos llegaron al lugar donde iban a vivir y a trabajar, luego de recorrer el espacioso sitio trasero, descubrieron tres rocas inmensas (dos paradas en forma vertical y una horizontal que descansaba sobre ellas), las que daban forma a una gruta.

Acto seguido, los dos que eran muy creyentes, trajeron desde Rancagua (ciudad distante a 70 kms.) una Virgen de Lourdes de cerca de un metro de altura y otra figura más pequeña que era Santa Bernardita.

Plantaron distintas flores a su alrededor y desviaron una acequia para que se deslizara el agua frente a esta improvisada gruta.

Luego, pusieron escaños y luces.

La gente del pueblo visitaba el lugar y colocaban ofrendas. El cura, que una vez a la semana oficiaba la misa en una pequeña capilla que estaba al final del bosque, luego de ver el fervor popular, le informó a mi abuela que avisaría al Obispo de la ciudad para que viniera a bendecirla ella, aceptó de inmediato.

Cuando llegó la autoridad de la Iglesia, el pueblo entero estuvo presente y todos, sin excepción, recibieron la bendición; incluso mis perros y Pascualito, un loro cordillerano.

El tiempo se dormía en las tardes junto al río. Lo arrullaba la suave brisa y el trino de decenas de pajarillos que cantaban de alegría por su libertad. Vivíamos apartados de los ruidos de la ciudad. De ese modo, las casas más cercanas estaban a una o dos cuadras de distancia.

La vida en esa comarca transcurría en forma lenta. Los días, nacían sin apuro y en cada uno de ellos, surgía mi pequeño mundo donde estaban presentes mis abuelos, la escuela, los amigos, tres perros y el loro.

Un día, pasado el mediodía de un caluroso sábado, en el frontis de la casa, apareció de repente un hombre cercano a los 30 años.... - “Manuel” - ...dijo llamarse cuando mi abuelo le preguntó. Era de mediana estatura, con cuerpo atlético y gran musculatura. Su pelo negro sobresalía bajo un sombrero que traía puesto. Los dientes blancos resaltaban en cada sonrisa junto a una mirada fría y penetrante que producía cierto temor.

Dijo estar de paso y pidió a mis abuelos algo de comida a cambio de ofrecerles sus servicios en tareas pesadas tales como cortar leña, recoger las hojas del patio de la escuela y de la casa, limpiar el jardín, podar los árboles frutales, etc.

(Acequia: Pequeño canal natural que transporta agua para regadío)

Entonces, sucedió algo extraño, difícil de explicar. Pese a ser un desconocido, mis abuelos no titubearon ni un sólo instante y lo invitaron a almorzar. Se lavó sus robustas manos, sacó su sombrero y se sentó con nosotros a un costado de la mesa. Lo hizo con mucho respeto y en breves palabras, agradeció la acogida brindada.

Comió en silencio. A cada consulta formulada por mi abuelo sobre su procedencia y familia repetía que vivía lejos, muy lejos, cerca de la cordillera. Que no tenía familia. Sus padres habían fallecido cuando él era un niño. Un vecino lo había criado y desde muy pequeño tuvo que trabajar para sobrevivir. Apenas sabía leer y escribir. Su mejor oficio era el de un arriero.

Cuando terminó de comer, dio gracias a mi abuela y pidió permiso para levantarse de la mesa. Se encaminó donde estaban apilados los troncos, tomó el hacha y empezó a cortarlos para dejarlos aptos para ser ocupados en la cocina.

Recuerdo que esos momentos fueron un verdadero espectáculo para los que estábamos mirando. A cada golpe del hacha, los troncos eran partidos como si fueran de cartón. En menos de 10 minutos, cortó y apiló todos los trozos que eran para una semana dentro de un cajón que había al lado del fogón de la cocina.

A continuación, le dijo a mi abuelo que le pasara un escobillón de ramas para barrer el patio de la escuela. Lo dejó limpio y sin hojas. Entonces, le propuso a mi abuela sacar la maleza y podar su enorme jardín. Entusiasmada con esta inesperada ayuda, lo llevó hasta el inicio de los rosales para que el hombre comenzara el trabajo de jardinería. Ella, haría lo mismo desde la otra punta. Caminó rápidamente los 80 metros de largo donde mantenía sus flores. Su cara y su sonrisa indicaban que estaba contenta.

(Debo contarles que en el frontis de la Escuela, a todo su largo, mi abuela mantenía un rosal inmenso. Habían rosas rojas, blancas, rosadas y otros tonos. Ella tenía la habilidad de injertar rosas de distintos colores en una sola mata. Lo hacía con barro y vendas de género. Esto causaba admiración entre los turistas los que solicitaban el secreto a mi abuela y

además, se sacaban muchas fotos junto a ella y sus flores).

Los dos, cada uno en un extremo empezaron a podar y a limpiar. Cuando mi abuela recién llevaba unos metros, Manuel la sorprendió porque ya había realizado su tarea y estaba casi al lado de ella.

Pronto anocheció y el hombre se fue a despedir del abuelo. Este se miró con su mujer y los dos, sin previa consulta entre ellos, decidieron ofrecerle que se quedara por esa noche. Manuel, al principio se negó, pero ante su insistencia, optó por acceder. Le prepararon una cama en una pieza pequeña donde se guardaban los materiales de la escuela.

Le sirvieron una cena y con una bendición en la frente de la anciana, el hombre emocionado se fue hacia su improvisado dormitorio.

Al día siguiente, muy temprano, Manuel ya había encendido la cocina a leña, tenía una tetera hirviendo, la mesa puesta y el patio barrido y sin hojas.

Mis dos viejos se mostraron felices y a partir de ese día, decidieron que Manuel se quedara a vivir con nosotros.

Pronto se esparció la noticia en la pequeña comarca. Los campesinos iban a la escuela con cualquier excusa para conocerlo. Mis abuelos lo presentaban y Manuel, después de estrechar las manos, se ofrecía para ayudarlos en cualquier trabajo.

Así, este hombre primero cumplía con las tareas diarias en casa de los abuelos y después, caminaba hacia los distintos hogares para ayudarlos en diversas faenas.

Al poco tiempo, se hizo famoso porque empezó a colaborar con la gran mayoría de los vecinos.

Reparaba techos, levantaba cercos de madera, colocaba puertas, arreglaba criaderos de chanchos y gallineros, ordeñaba, preparaba la tierra y luego sembraba, etc. Volvía cargado de regalos (frutas, chicha, huevos, pan amasado, etc.) los que obsequiaba a mis abuelos. Ellos se oponían, pero Manuel insistía y luego, los convencía.

Recuerdo que una tarde, se detuvo en el camino que había frente a la escuela, un grupo de arrieros con un gran piño de ovejas y ca-

bras. Era algo común en ese sector porque por ese polvoriento camino, sorteando quebradas y cerros, se llegaba hasta la frontera con Argentina. Era paso obligado de los distintos piños de animales para capear el invierno y pastar en esos lejanos lugares hasta cerca de la primavera.

En un descuido de los arrieros y de los perros, dos ovejas adultas arrancaron cerro arriba. Iban veloces y a saltos. Se detuvieron casi al llegar a la cima. Eran más o menos 600 metros de altura entre cactus, piedras, arbustos y despeñaderos.

Mis abuelos junto a varios de los vecinos y el grupo de arrieros, miraban las pequeñas figuras de los animales subiendo esa altitud impresionante. Todos opinaron que el lugar era peligroso y que no se podrían recuperar.

Uno de los arrieros, probablemente el jefe, les dijo al resto de sus compañeros que se olvidaran de ellas y fueran a descansar. Fue en ese momento, que apareció Manuel. Se acercó al jefe del grupo y le propuso lo siguiente:

-¡Si Usted me regala una, yo traigo las dos...!-

Los hombres se miraron entre sí y sonrieron....el más viejo de ellos, en broma, le respondió:

-¡Trata de que sea rápido porque debemos comer algo y luego dormir para salir mañana de madrugada!.-

Se escucharon varias carcajadas. Después, dieron vuelta la espalda y empezaron a caminar hasta donde estaba su improvisado campamento...

En forma brusca, detuvieron su andar cuando vieron que Manuel se amarraba unas ojotas, colocaba un pañuelo sobre su cabeza y empezaba a trotar hacia el cerro.

Todos quedaron mudos, sin habla, cuando vieron que el hombre no caminaba cerro arriba sino que....corría..., tal como sueña....corría a gran velocidad, sorteando peñascos, arbustos y las espinas de grandes cactus.

En menos de 10 minutos, llegó a un sector donde se divisaba que estaba 5 o 10 metros más arriba de los dos animales. Uno de

ellos, al verlo, arrancó y el otro se quedó mirándolo metros más abajo.

Entre los gritos de asombro y de temor de los que abajo miraban, Manuel se subió a una gran piedra y se lanzó al vacío. Voló casi 5 metros y cayó sobre el animal. Rodó varios metros rodeado de nubes de polvo y piedras.

Segundo después, pudimos verlo con una oveja bajo uno de sus brazos. Sin soltarla, corrió tras la otra. Esta saltaba de un lado a otro para esquivarlo.

Manuel, pese a llevar ese pesado animal bajo su brazo derecho, se acercaba más y más sobre la que huía. De repente, brincó y cayó sobre la otra. Empezó a rodar, cerro abajo, por una ladera. Fueron a lo menos, 50 metros que vimos un enjambre de piernas, tierra y patas. Después se vio una gran polvareda y lo perdimos de vista por varios minutos.

Mi abuela dio un grito pensando en un accidente. Los arrieros, impactados, decidieron organizar una cuadrilla para subir a buscarlo. Se sentían culpables por lo sucedido.

También, varios de los presentes se ofrecieron para subir. Incluso, acordaron fabricar una camilla para bajarlo.

Se estaban organizando los grupos de socorro cuando de repente, a menos de 100 metros de donde estábamos, apareció Manuel con los dos animales. Traía uno bajo cada brazo. Venía con arañones, sangre en una rodilla y cubierto de polvo. Pese a ello, sonreía mostrando su blanca dentadura.

Después de ese día, su fama creció y creció por los pueblitos y localidades cercanas. Era curioso, mis abuelos se sentían orgullosos de este hombre al que trataban como un hijo y del cual no conocían sus apellidos.

Un día, se mostró nervioso y tenso. Le pidió a mis abuelos permiso por esa tarde. Les dijo que necesitaba ir hasta la ciudad para solucionar un problema. Ellos accedieron sin objeción alguna. Aún más, le ofrecieron esperarlo con comida caliente a su regreso. No regresó esa noche ni la siguiente.

Al día siguiente del viaje de Manuel a Rancagua, llegó una patrulla de carabineros a caballo hasta la Escuela.

Era un sargento y dos cabos. Iban armados con carabinas y traían mantas y útiles para acampar.

Pidieron hablar en privado con mi abuelo. El los hizo pasar a su oficina y cerraron la puerta por dentro.

Con mi abuela nos acercamos hasta la puerta para escuchar lo que decían. El Sargento le explicaba a mi abuelo que ellos y otras patrullas, estaban rastreando a un peligroso forajido de apodo “Manolo”, el cual estaba encargado a la policía de la provincia y también en la frontera con Argentina por ser un antiguo cuatrero, que había cometido innumerables robos a mano armada, ataques a la policía y la muerte de un arriero.

Le describieron el peligroso personaje al abuelo. A medida que lo hacían, mi abuela se persignaba. Los datos entregados por carabineros calzaban a la perfección con Manuel.

Adentro del cuarto, los uniformados decían que habían escuchado versiones de que había sido visto cerca de la Escuela. Le dijeron que tuvieran cuidado con este bandido y que no vacilara de avisar al retén por si lo veía.

Mi abuelo, disimulando su tensión, les ofreció su ayuda por si lo veía aparecer. Se despidieron de los dos viejos y montando en sus caballos, se alejaron del lugar.

Pasados unos minutos, los dos se miraron sin hablar. Mi abuela fue a su cuarto a rezar y mi abuelo decidió ir a la pieza donde alojaba “Manolo “. Pese a que se opuso, yo igual lo acompañé. Estaba su cama en perfecto orden. Había ropa, unas frutas y una vela. Bajo el catre, tenía un gran machete (largo cuchillo afilado de cerca de medio metro de largo que posee un mango para agarrarlo).

Al revisar bajo su almohada, mi abuelo encontró varios recortes de periódicos de distintas zonas del país donde se hablaba de este forajido. Incluso, hojas de revistas argentinas.

Ante la eventual llegada del hombre, mi abuelo dejó todo

como estaba y optó por salir de la pieza. Se fue a sentar en un escaño que había detrás del jardín. Estaba pálido, nervioso, tenso y asustado.

Tenía cerca de 75 años y su mujer 70. Eran dos personas mayores que no podrían hacer frente a un bandido joven y con experiencia. Pensó largo rato pensando que era lo mejor que podía hacer. Al final, optó por esperar.

Al día siguiente, muy temprano llegó Manuel. Traía un saco con cosas al hombro. Se lavó sus manos y pidió conversar con mis viejos.

Mi abuelo, nervioso, lo hizo pasar al living y se sentaron los tres. El hombre en breves palabras les dio las gracias por haberlo acogido durante casi medio año. Les dijo que era la primera vez en muchos años que sintió la sensación de contar con una familia. Que fueron casi seis meses de disfrutar de una cama y de comidas maravillosas. Que en ese tiempo llegó a quererlos como si ellos fueran sus padres. Luego agregó, que lamentaba tener que dejarlos pero, que estaba obligado a hacerlo.

Mi abuela le respondió que ellos le querían bastante. Que estaban agradecidos por toda su ayuda y cuando él lo estimara necesario, podía contar con esta casa, que era como su propio hogar.

El hombre la miró por varios minutos. Dos lágrimas bajaron por sus mejillas mientras su boca temblaba. Se levantó y la abrazó largo rato. Lo mismo hizo con mi abuelo. Metió la mano en su chaqueta y sacó un envoltorio pequeño. Le dijo a mi abuela que eran semillas de rosas argentinas para completar su colección en el jardín. Mi abuela también lloró.

Luego pidió autorización para entrar a su pieza y retirar sus pocos enseres. Al salir, mi abuela le entregó una bufanda gruesa que ella le había tejido y mi abuelo le pasó, pese a oponerse varias veces, unos billetes.

Con los ojos enrojecidos, se despidió en el umbral. Les dijo que jamás los olvidaría.....y caminó hacia la salida. Yo lo acompañé y

después cerré la puerta con pestillo.

Cuando estaba más o menos a 20 metros de donde yo me encontraba, le grité primero: -¡Manuel!-

-¡Manuel!-, y luego...me atreví y le dije....-¡Manoloooooooo!-.

El se detuvo, dio vuelta su cabeza, me miró y dijo -¡Cuando Usted sea un hombre grande, le contaré!- -Por ahora... llámeme Manuel--¡Cuide a esos viejos maravillosos!-

Y se perdió al final del camino.

-o-o-o-o-o-o-o-o-

Cristo en el año 2.395

Primavera del año 2.395. Han transcurrido cerca de 426 años desde que el hombre pisara por primera vez suelo lunar ese histórico día del 20 de Julio de 1969 a bordo de la nave Apolo 11. Ahora, luego de todo ese tiempo, a bordo de una nave espacial con todos los adelantos científicos logrados en cuatro siglos, iban dos hombres que tenían la misión de cruzar las barreras de nuestra galaxia e ir en busca de otros sistemas donde existieran planetas girando alrededor de una estrella como la nuestra, a la cual llamamos Sol .

Los hombres de ciencia habían logrado crear el ambicionado combustible especial que les permitiera viajar por el universo a una velocidad de 60.000 kms., por segundo. Esto equivalía a la quinta parte de la velocidad de la luz la cual se desplaza a 300.000 kms. por segundo. Por eso, navegar ahora estas enormes distancias era un ambicionado sueño del hombre hecho realidad.

Las guerras, conflictos, hambrunas y pestes habían desaparecido casi del todo. La humanidad, ante el holocausto que significó aumentar año tras año el efecto “invernadero” y con ello, el deshielo de los polos y de Groenlandia, sepultando bajo el agua cientos de ciudades costeras y puertos, por fin había reaccionado. Aplicaron medidas y tratados drásticos a nivel mundial para disminuir al mínimo la emanación de dióxido de carbono, metano, óxidos nitrosos y clorofluorcarbonos. Con ello, la naturaleza dispó la cubierta de gases que rodeaba el planeta y además, reparó las enormes grietas en la capa de Ozono.

El hombre, usaba la energía del Sol. Los vehículos terrestres funcionaban en base a pilas recargables cada 200 kilómetros. La energía solar mediante diferentes tipos de paneles era aplicada en fábricas, trenes y hogares.

Los habitantes de la Tierra, luego de las hambrunas, sequías y de muchos fenómenos climáticos, sufrieron un brusco cambio de mentalidad.

Decidieron estar cada vez más cerca de la verdad y de la cultura y optaron por desterrar para siempre las groserías y los programas frívolos de la televisión. Lo mismo hicieron las radio-emisoras, revistas y periódicos. Ya no había seguidores para el mal gusto.

La ordinariez de canciones y bailes sucumbieron bajo la presión generalizada de la gente. En forma unánime, decidieron normalizar el sentido musical. Tampoco se siguió con la práctica mediocre de copiar modas extrañas y decadentes.

Se desterró para siempre las estupideces, esnobismos y léxicos anormales. La gente decidió leer más.

Junto con todo esto, desapareció la vil explotación de muchos practicada por unos pocos. Con ello, se fueron la avaricia y el hambre.

Al no existir conflictos, guerras ni revoluciones...se eliminaron las fronteras.

El ser humano decidió, después de miles de años, aplicar el respeto, la ayuda desinteresada y el amor al prójimo.

Muchos países, al eliminar sus fronteras, pudieron unificar continentes en una sola nación. Uno de ellos era la antigua América (Norte, Centro y Sur) que ahora se llamaba Nueva Esperanza. Todos los habitantes hablaban tres idiomas: español, inglés y mandarín.

**Nota : El Sol es una inmensa bola de gas. Su radio alcanza los 695.500 kms. (La Tierra tiene sólo 6.378 kms). El núcleo solar supera los 15 millones de grados de calor. Se calcula que tiene cerca de 4.500 millones de años.*

La población terrestre, cercana a los 10 mil millones de habitantes se controlaba mediante un dispositivo electrónico implantado en las niñas a la edad de 12 años . Con ello se evitaba la gestación sin control. El chip les impedía concebir más de un hijo.

De no ser así, la hambruna sería la peor calamidad entre los seres humanos ya que la sobrepoblación se sumaría a la falta de espacio para las siembras, la escasez de agua potable, el agotamiento de recursos marinos, etc.

Todos los niños al nacer, por medio de un sistema de rayos láser, recibían en su muñeca izquierda un código de barras para su identificación mientras estuviera con vida. Se eliminaba del registro universal en el momento de su muerte.

No existían colegios ni universidades. Se estudiaba por computación y mediante la holografía, se daban los exámenes.

La pugna religiosa por la realización de estos viajes espaciales estaba en su apogeo. Amenazaban con castigos divinos. Unos sectores rechazaban la posibilidad de que existieran otras civilizaciones y otros, apoyaban las misiones diciendo que al contactar a seres tan distantes, se podría reafirmar todo lo predicado durante miles de años.

William Curtis , astronauta y piloto americano, era el jefe de la nave. Luego de ocho meses de estar navegando por el espacio, observaba la pantalla computarizada que indicaba la proximidad de un sistema ubicado a un costado de la galaxia llamada Nubes de Magallanes . Se podían ver 8 puntitos que giraban alrededor de una estrella muy parecida a nuestro Sol. Sin embargo, ese no era el destino de la misión porque sabía que eran planetas sin vida.

Estaba consciente de que era un viaje infinitamente más peligrosa que todos las anteriores También era el vuelo más largo y más lejano de todos los ya realizados.

**Holografía: trasladar imágenes mediante múltiples cámaras de alta definición, apuntando todos los movimientos que el cuerpo realiza y luego, se traslada la imagen a cientos o miles de kms. Es decir, una profesora que dicta una clase en Punta Arenas, los alumnos de Arica la ven y escuchan en imagen de cuerpo entero dentro de la sala.*

A él y a su copiloto Franco Urquiza, científico mejicano, le habían dado la opción de rechazar la misión. Pero, los dos aceptaron de inmediato.

Debían navegar hasta salir del sistema planetario e ir hasta donde terminaba la Vía Láctea. Era un viaje más allá de todo lo imaginable...

Este hombre contaba con una experiencia de casi 30 años viajando por diferentes lugares del espacio. Conocía cientos de planetas helados, inhóspitos, con atmósferas que carecían de oxígeno e hidrógeno.

Ahora, era una misión diferente. Estaban saliendo de los confines de la Galaxia donde habitaban y eso le provocaba cierto grado de ansiedad e incertidumbre.

La nave espacial, construida especialmente para esta misión, navegaba impulsada con un nuevo y potente combustible que le permitía desarrollar hasta 60 mil kms., por segundo. A esa impresionante velocidad, podrían llegar a distintas partes del universo que tiene millones de galaxias, millones de sistemas planetarios, millones de mundos ignorados por los humanos.

Viajarían para tratar de encontrar un planeta con seres vivos e inteligentes que durante dos siglos aproximadamente, se contactaba con la Tierra mediante ondas de radios espaciales.

Franco, el copiloto, era un científico espacial de nacionalidad mejicana. Experto en los controles que accionaban la nave y en todo lo relacionado con el sistema computacional.

Pasaron algunas horas. De repente, frente a la pantalla de navegación, apareció otro sistema solar muy similar al de la Tierra.

Se veía una estrella brillante y a su alrededor, cerca de 12 planetas que giraban a distintas distancias de ella.

De inmediato, los dos buscaron archivos satelitales y radio cósmicos. Lograron ubicar el sistema. Estaba situado al inicio de la galaxia Leo I. Revisaron la composición de los 12 planetas y eligieron aquel con mayor semejanza a la Tierra.

Los cálculos de tiempo para bajar y tocar la superficie eran del orden de 10 horas terrestres.

Revisaron todos los controles. Sacaron los trajes especiales para soportar distintos tipos de atmósferas y fuerzas gravitacionales.

Después, separaron algunos instrumentos para medir y detectar posibles rastros de vida. Los dos estaban con sus nervios en tensión máxima. Nunca, en todos los años de navegación espacial, habían logrado llegar hasta un planeta tan parecido al que ellos habitaban.

Mientras se acercaban, podían distinguir manchas blancas en los polos, grandes extensiones de color azul que podían ser océanos y relieves de distintos tamaños que posiblemente correspondían a cadenas montañosas.

Frente a los tableros de mandos computarizados que controlaban la posición de la nave, los dos hombres estaban tensos pero, mantenían el curso sin hablar.

Ambos, se miraban a cada instante por lo que estaban observando. Cuando faltaba menos de una hora para tocar la superficie, descubrieron que el planeta elegido tenía tres lunas o satélites.

Pasaron treinta minutos. Sintieron un tirón gravitacional. Estaban atravesando las capas atmosféricas que rodeaban el planeta.

Luego de otros 15 minutos, pudieron ver en las pantallas un globo con idénticas características que distinguen a la Tierra.

Revisaron controles y sistemas de frenado. Bajaron los soportes articulados con los cuales tocarían el suelo.

A menos de 5 minutos para llegar al lugar elegido, su sorpresa fue inmensa. En ese planeta existía nieve. Las manchas azules, eran océanos y los relieves correspondían a cadenas montañosas.

Cada uno de los astronautas, en su propio idioma, murmuró una oración.

William, encendió el analizador de virus y bacterias. Después, programó los aparatos que generaban anticuerpos en forma directa desde los trajes espaciales hasta su cuerpo y el de Franco.

A simple vista se podía ver que se trataba de un mundo

donde existía un sistema ecológico que era respetado.

Las condiciones de la temperatura, humedad y calor que proporcionaba su estrella, eran factores determinantes para pensar en que debía existir una forma de vida.

Se veía un cielo azul....lo que indicaba que existía una atmósfera provista de oxígeno...

En la pantalla de la nave aparecía una extensa llanura. Con la respiración agitada por la emoción, decidieron descender...

Encendieron los retro-cohetes. El lugar elegido era una llanura verde.

Los controles que analizaban la atmósfera, indicaban segundo a segundo que no existían problemas de oxígeno. También señalaban que el grado de gravedad era similar a la Tierra.

La nave se posó sobre la superficie en forma suave. Desde la base en la Tierra y en las estaciones ubicadas en Marte, llamaban a cada rato preguntando el resultado de la misión y el lugar donde se encontraban.

William les entregó una información de lo que apreciaba a simple vista y les dio las coordenadas.

Una vez colocados sus trajes especiales, decidieron bajar.

Abrieron la escotilla, sacaron los rastreadores de ultra-sonido, los sensores atmosféricos y los de gravedad. Además, colocaron en sus cinturones, dos pequeñas armas accionadas por rayos láser.

Una vez que sus botas tocaron el suelo, el capitán miró a Franco que había bajado tras él y estaba a su lado y le dijo que estaba decidido a sacarse la escafandra. El copiloto asustado le dijo que no lo hiciera. William le dijo que girara la cabeza hacia el lado opuesto de donde estaba la nave. Franco lo hizo y su asombro fue inmenso. Existía allí una vegetación simplemente...maravillosa.

Sin pérdida de tiempo, el capitán sacó su casco protector y aspiró hondamente el aire que lo rodeaba. El copiloto cerró los ojos. Si se equivocaba su capitán, en sólo segundos estallarían las venas de todo su cuerpo, lo que le provocaría una muerte rápida y horrible.

Nada sucedió. Entonces, él imitó el gesto de William y los dos, asombrados, comprobaron que la sensación de inhalar y exhalar era idéntica a su planeta.

Caminaron unos pasos. Dieron pequeños saltos. Después, efectuaron bruscos movimientos con brazos y piernas. No les sucedió nada anormal.

Contentos por descubrir que el aire y sus componentes les permitían caminar y moverse sin problemas, empezaron a bajar instrumentos e implementos de la nave para analizar el terreno y todo aquello que iban a descubrir.

Estaba oscureciendo. El inmenso Sol de color anaranjado se estaba perdiendo tras unas montañas. Asomaban en dirección opuesta, tres lunas de distintos tamaños y colores.

La emoción y la tensión los había agotado. Decidieron explorar al día siguiente.

Subieron a la nave. Antes de dormir, tomaron contacto con la base para informar lo descubierto hasta ese momento y luego, enviaron mensajes a sus esposas e hijos.

Se despidieron con un fuerte abrazo. Los dos se durmieron en forma rápida y con la sensación de estar en un camping en la Tierra.

Al día siguiente, cerraron la nave y emprendieron una caminata entre el follaje y muchas flores de distintas formas y colores.

Llevaban pequeñas pero potentes cámaras y filmadoras. También, un pequeño equipo portátil para detectar microbios o virus que pudieran ser nocivos para ellos. Además, las armas con láser iban en sus cinturas.

Caminaron cerca de dos kilómetros. Surgió un bosque con árboles desconocidos para ellos. Con tonalidades distintas.

Luego, apareció un limpio sendero con jardines a sus lados ordenados en forma simétrica.

Los dos terrestres, se miraron al pensar al mismo tiempo, que ese camino indicaba que existían seres pensantes.

Siguieron caminando y de repente, al doblar una curva, se

enfrentaron con una pequeña ciudad de casas y edificios de color blanco. No se veían habitantes. Sin embargo, los dos astronautas sabían que estaban siendo observados por cientos de ellos.

Luego de algunos minutos, lo tan anhelado, se produjo. Se abrió una puerta y aparecieron tres seres. Se podía distinguir que se trataba de dos adultos y un niño. Usaban túnicas blancas y celestes. A medida que se acercaban, se pudo apreciar que sus rostros y cuerpos eran similares a la raza humana.

Con sonrisas, gestos amables y, con sus manos extendidas, avanzaron hasta donde se habían detenido los terrícolas.

El más anciano, los saludó en varios dialectos. William encendió un pequeño aparato para detectar y traducir lo que decían. Su asombro fue grande cuando la pantalla indicó que se trataba de un idioma desaparecido hacía miles de años en la Tierra llamado arameo. Con la ayuda del traductor, se pudieron comunicar.

El viejo primero les preguntó de donde venían. William respondió que de muy lejos. De otra galaxia. Luego, el viejo les dijo que su planeta estaba poblado con miles de comunidades iguales a la que veían. Que los adelantos científicos y la tecnología eran parte del pasado. Ahora solo vivían tranquilos, felices y como hermanos. Que no existían razas diferentes. Agregó, que su Maestro les había inculcado que la paz y el amor debía reinar en todos lados.

William y Franco pensaron que ellos tenían guías espirituales a los cuales llamaban Maestros.

El viejo seguía hablando. Les decía que entre todos los habitantes cosechaban y repartían en cantidades iguales los alimentos.

Les indicó una vivienda para que entraran junto con él. Los astronautas aceptaron. Habían unos escaños y una mesa tallada de madera color rojizo.

Después los invitó a beber un líquido parecido a yerbas naturales y les ofreció algo muy parecido al pan.

Los hombres miraban cada rincón del recinto donde estaban. Todo era simple. Modesto y limpio. No habían artefactos, ni tele-

visión, ni teléfonos, nada. Parecía una vivienda de la Edad Media.

El anciano les dijo que en ese momento se llevaba a cabo la ceremonia habitual para honrar al Maestro. Invitó a los dos. William decidió que Franco se quedara cuidando los equipos porque no tenía idea donde iría y que podría pasar.

Caminaron como 200 metros. Llegaron hasta una gran sala repleta de habitantes vestidos con túnicas, de color blanco para las mujeres, celeste para los hombres y los niños. Todos fueron amables. Su traje de astronauta no provocó temor ni curiosidad. Eso hizo pensar al capitán que no eran los primeros llegados de otros mundos.

Otro anciano que estaba adelante, empezó en arameo a decir una oración la que fue coreada por el resto. Se escucharon voces que entonaban algunos canticos.

El terrícola estaba maravillado. Era parte de una ceremonia muy parecida a una misa, pero realizada a millones y millones de kilómetros de distancia de la Tierra.

William miraba con asombro y respeto a todos los concurrentes. Observaba las paredes y de pronto, dejó escapar un grito de asombro. En una esquina de la sala había una imagen pintada sobre un lienzo. Esa figura estaba de pié. Tenía una túnica roja y mantenía sus manos extendidas. Sus ojos transmitían una dulce mirada que el piloto conocía desde pequeño.....Era... la figura de Jesús....

Con el asombro dibujado en su mirada, pudo observar que este Jesús no estaba sobre una cruz. Tampoco tenía corona de espinas ni sangre en sus manos y pies.

Sintió ganas de llorar. La emoción mezclada con la sorpresa era demasiado para él.... El viejo que lo observaba, pensando que al hombre le recordaba algo, le dijo:

-Es nuestro maestro universal. Hace miles de años que viaja por el universo para conocer e impartir las enseñanzas de Dios en aquellos lugares donde existen seres como nosotros. -

-Lamentablemente, desde su última travesía a un distante planeta de color azul ubicado en el tercer lugar de un sistema planetario

muy lejano, se ha retrasado y no ha vuelto. Suponemos que algo malo le ha sucedido, pero confiamos en su Padre que podrá rescatarlo y traerlo de vuelta a nosotros.-

A medida que William escuchaba, su rostro iba cambiando de color...Del blanco pasó al rosado y luego, al rojo. Su mentón tiritaba. Sus manos sudaban. Se paró bruscamente y le dijo al anciano que debían volver a la nave porque el tiempo para el despegue estaba disminuyendo.

Le dio las gracias por su hospitalidad y lo abrazó al despedirse.

Franco lo vio llegar casi corriendo. No entendía lo que estaba sucediendo y le dijo en voz baja:

-William, ¿que sucede?, ¿te amenazaron? -¿estamos en peligro?-

Ante el silencio del capitán, el cual recogía de prisa todos los instrumentos, Franco insistió :

-¿No vas a decirles de donde venimos?- Luego agregó :
-¿ Tampoco le harás entrega de las fotografías de nuestro planeta?-
Vladimir, pálido le contestó :

-En la nave te explico.- -Salgamos de prisa-
Luego le dijo : -Ya se hizo tarde y debemos regresar.-

El viejo, desorientado por la reacción del piloto, sólo atinó a decirles que volvieran pronto. Siempre serían bien recibidos. Le ofreció su mano y los acompañó hasta donde estaba el sendero....

El trayecto de vuelta a la nave lo hicieron casi a la carrera. William estaba descontrolado. Sudaba y tenía ganas de vomitar.

Una vez dentro, luego de cerrar la escotilla y de despegar, no pudo más y rompió en sollozos.

Franco sin comprender aún lo que sucedía, se acercó y le dio un vaso de agua con un sedante.

Al cabo de dos horas, William se calmó. Con los ojos enrojecidos y la voz temblorosa le dijo a su copiloto:

-Franco: tú tienes la misma religión que yo profeso. Eres un cristiano y debo recordarte que en ella se afirma con escrituras bíbli-

cas e imágenes que nosotros apresamos a Jesús, lo torturamos y luego, lo clavamos de manos y pies a una cruz donde quedó hasta morir-

Franco seguía sin entender. Lo miró y le dijo – sigue... te escucho –

-Te será difícil creer lo que te cuente. -En la sala donde acompañé al anciano, todos veneran a su Maestro. ¿Adivina quien es?.-

Franco contesto...- no se me ocurre-

William lo miró a los ojos y tomándolo de los hombros, le dijo con voz ronca. -Su maestro es Jesús, tal como oyes- -Es Jesús de Nazaret-

Franco abrió sus ojos. Luego se sentó y puso su cabeza entre sus manos. Después, preguntó a su compañero:

-¿estás seguro?- y agregó -¿no te habrás equivocado?-

William con nuevas lágrimas cayendo por sus mejillas, sacó una pequeña cámara que no era más grande que su dedo pulgar. La conectó a la pantalla central y buscó la única imagen que había captado en aquella sala. A los breves segundos apareció ante ellos la imagen del Hijo de Dios.

Franco se persignó y luego, se arrodilló. Después escuchó cuando William le decía con voz temblorosa....

-Dime-: ¿Como podría explicarle a ese anciano todo lo horrible que le hicimos en la Tierra a su Maestro?-

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

Adiós mundo cruel

Alejandro estaba aterrado. Todo había sido tan rápido. Por lo mismo, seguía sin comprender la magnitud de la tragedia que se avecinaba. El desastre era inminente para el planeta. Se había anunciado por la radio y la televisión. Las noticias, segundo a segundo advertían a la población del terrible peligro que se cernía sobre la Tierra.

Entre su temor y desesperación, sólo recordaba que esa noche, luego de reunirse con toda su familia en el comedor de la casa, habían decidido ocultarse en unas cavernas que se encontraban en la parte alta de una imponente montaña blanca que estaba por miles de años a espaldas del pueblo donde ellos habitaban.

El terror, dificultaba la elección de útiles para la huída. En forma desordenada por la prisa, se acumulaban en el suelo: linternas, botellas de bebidas gaseosas, frazadas, un radio portátil, pan, chocolates, un botiquín, fósforos, etc.

Existían dos versiones sobre la catástrofe que estaba por llegar. Unos decían que se trataba de varios asteroides de gran tamaño que caerían en distintas partes del planeta. La gran mayoría de ellos, lo harían sobre los océanos.

Esto provocaría olas de gran altura sepultando ciudades y pueblos bajo una mezcla de agua y barro que se producirían después del impacto de esas inmensas masas de rocas y metales al chocar en el fondo

de los mares.

La otra versión científica, decía que se trataba de una invasión de naves de gran tamaño provenientes de otro sistema planetario con claras intenciones de invasión y destrucción.

La población, no esperó mayores comentarios. Desesperados por el poco tiempo que les restaba para buscar un refugio, se volcaron a los supermercados y estaciones de servicio para llenar estanques con combustible. Luego, el pánico se apoderó de la gran mayoría y comenzaron a invadir los locales, saqueando todo lo que estaba a su alcance. Se impuso toque de queda. Los fusilamientos se repetían a cada rato. También las disputas callejeras. La mayoría de calles y negocios mostraban personas muertas o heridas.

En barrios y poblaciones se juntaban a rezar. Otros, se despedían o, decidían huir en grupos. Algunos se suicidaban. Muchos, perdían la razón y caminaban sin rumbo fijo. El caos era total .

Se veían algunos niños pequeños que lloraban a gritos buscando a sus familiares mientras caminaban o gateaban en jardines y parques. Muchos vehículos habían sido abandonados en avenidas y sobre las aceras. Sirenas, balazos, gritos indicaban que el fin estaba cerca.

Era la hora tan temida del apocalipsis que después de miles de años, llegaba para terminar con todo.

Alejandro estaba preso de terror pero, aún así, estaba dispuesto a dar la batalla para salvar a sus hijos y a su mujer.

Sacó su camioneta del garaje. La cargó con todo lo que habían separado. Eran muchas cosas que formaban una pila al centro del living.

Luego, se acordó que lo más importante era el agua. Puso en la parte trasera dos tambores y los llenó con la manguera del jardín.

Las últimas noticias descartaban los asteroides y confirmaban la invasión de miles de naves extraterrestres. Estas, ya habían demostrado su poder de fuego al aniquilar, en segundos, las estaciones espaciales ubicadas en la luna y alrededor del planeta.

El hombre temblaba entero repasando la lista de cosas que serían importantes para sobrevivir a lo menos 30 días. Se acordó de una pequeña cocinilla y de un bidón con parafina. Con cierto temor, colocó a un costado de su asiento en el vehículo, una escopeta de dos cañones con una caja de 50 tiros. Era un arma que usaba una vez al año cuando salía de caza con sus amigos. Nunca había disparado a otro humano pero, estaba dispuesto hacerlo si era necesario.

Mientras esperaba que su familia llegara hasta la camioneta, sintió un ruido extraño. Era parecido como a una sierra eléctrica o algo similar. Sus rodillas flaquearon cuando se dio cuenta que ese ruido golpeaba la pared cercana al garaje. En ese instante el suministro de luz se cortó. Una total oscuridad rodeó la casa y todo el lugar donde se encontraba. El ruido seguía y era constante contra la pared.

Pensó -¡Ya están aquí!-. Fue a la puerta de entrada y gritó el nombre de sus hijos y de su esposa con todas sus fuerzas. Trataba de pensar como podría huir a oscuras por calles repletas de automóviles y entre personas que corrían en distintas direcciones.

Decidió subir al segundo piso para traer entre sus brazos a los dos más pequeños. El ruido constante de algo parecido a un motor golpeando una pared seguía en aumento. No encontró a su familia.

Bajó rápidamente las escaleras y sacó la escopeta del vehículo. Sonrió con furia. No se entregaría tan fácilmente. Tampoco dejaría que se llevaran a su familia. Lucharía hasta el final. La oscuridad era total. Sudaba y tenía escalofríos. Cuando el ruido se hizo ensordecedor, empezó a gritar los nombres de su mujer y de sus hijos.

De repente, sintió náuseas. Lo estaban atacando con bombas de gas maloliente. Mientras lloraba y sentía el ruido de esa infernal máquina muy cercano del sitio donde estaba, luchaba por respirar aire limpio sin esa mezcla de gases químicos con muy mal olor.

De pronto, escuchó a lo lejos, la voz de su mujer que lo llamaba por su nombre. El hombre, con las narices apretadas para no morir intoxicado, le dijo que huyera del lugar porque lo estaba demoliendo una máquina manejada por los extraterrestres, los que además, habían

bombardeado todo el recinto con gases tóxicos.

Tras algunos segundos...sintió a la mujer, casi al lado suyo, que le gritaba:

-Alejandro ¡otra vez con pesadillas por esos videos de ciencia ficción!- y agrega -¡mira la hora que es y tú todavía en la cama!-

Tu sabes que debo terminar de pasar la aspiradora en el dormitorio y finaliza -¡sal de debajo de las sábanas!-

-Tendré que ventilarlas porque por el olor... se nota que estabas en un concierto de pedos.-

-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-

El heroísmo de Ramiro

Hace muchos años atrás, cuentan los habitantes de una pequeña y lejana comunidad apartada de pueblos y grandes ciudades de la zona austral de nuestro país, que conocieron a un matrimonio de campesinos que habitaban un pequeño ranchito cerca de un cerro. Vivían de la cosecha de papas y tomates que obtenían de la siembra que efectuaban en su pequeño terreno. En invierno, cortaban leña y la vendían a los lugareños del sector.

Ellos tuvieron dos hijos. Ramiro, el mayor, nació con serios defectos en el rostro y en su cabeza. Además era mudo.

El niño tenía su boca torcida. Le colgaba el labio inferior por donde goteaba saliva. Grandes orejas sobresalían de su enorme cabeza. Además, su hueso frontal había crecido 3 centímetros más allá de lo normal. A lo lejos, parecía llevar sobre sus hombros un casco con una gruesa visera.

Los vecinos se atemorizaban. Los niños arrancaban al verlo o cuando varios se juntaban, lo rodeaban para burlarse de sus defectos.

Sus padres sufrían con este hijo deforme. Escuchaban a diario los sonidos estridentes con los cuales el niño trataba de comunicarse con ellos.

Los alimentos que le daban, se le caían de eso que parecía una boca. Rompía con torpeza todo lo que tomaba entre sus manos. También se orinaba.

Cuando cumplió 14 años, consciente de su fealdad, optó por esconderse entre los matorrales o salir en la oscuridad. No quería que la gente lo viera o se mofaran de sus defectos.

Tenía varias entretencciones. Pasaba horas y horas en las noches contemplando el cielo estrellado. Al amanecer, miraba con sus grandes ojos negros, la naturaleza en todo su esplendor. Sonreía feliz al ver los campos alfombrados de triguales con espigas de oro que bailaban al compás de la suave brisa, la que invadía el aire con la fragancia de aromas que traía junto con la primavera.

El derroche colorido del paisaje lo hacía sonreír y suspirar. Además, hojeaba todos los días, unas viejas revistas que conservaba desde pequeño. En ellas aparecían varias fotos del mar y sus olas que él no se cansaba de mirar.

Al principio, sus padres lo aceptaron tal como era pero, al cabo de varios años, pasó a ser un problema por el tiempo que debían dedicarle para que se alimentara y su aseo personal.

Eran pobres y ambos debían trabajar en los sembrados. Ramiro les ocupaba mucho tiempo y estaban cosechando cada vez menos.

Esta situación los hizo alejarse poco a poco del joven hasta que un día, según dicen, optaron por levantar al fondo del patio, una pequeña pieza de adobe donde decidieron que debía vivir.

Para evitar que pasara frío o se mojara con la lluvia, la techaron con tejuelas. Le colocaron un pequeño camastro, una silla, sus viejas revistas y un silbato de metal para que se comunicara. También cavaron un pequeño pozo para que hiciera sus necesidades. Junto a la puerta, para que no saliera al exterior a la hora de las comidas, colocaron una pequeña ventana con dos barrotes para pasarle alimentos y agua.

Y así, un día, sus padres lo dejaron adentro y cerraron la puerta por fuera. El joven observó a su alrededor. No emitió sonido alguno. Miró fijamente a sus padres mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas. Esa semana él cumplía 15 años.

Pasaron los días y los meses. Salvo los minutos que su ma-

dre dedicaba para llevarle comida, ningún habitante del sector se acordó ni preguntó por el joven durante los siguientes cinco años que estuvo encerrado.

La madre de Ramiro volvió a quedar embarazada. Junto a su esposo, iba a la capilla todos los domingos y rezaba ante el temor de concebir otro niño deforme. Pese a ello, no detuvo su preñez.

Al cabo de nueve meses, nació un varón normal y bello. Lo llamaron Pedro. Hubo una fiesta con amistades y vecinos. A Ramiro se le mantuvo encerrado con candado para evitar problemas con sus gritos y su aspecto, que era cada vez peor.

Desde su pequeña ventana, el joven observó de lejos lo que sucedía en casa de sus padres. Sintió rabia luego, una gran pena acompañada de sollozos. Después se calmó y se entretuvo mirando por milésima vez, sus viejas revistas donde habían fotos de ríos y océanos.

Pasó largo tiempo. Ramiro ya era un joven de 21 años. Logró mediante gritos y señales, obtener permiso de sus padres para pasear por un sendero que había junto al pequeño bosque que estaba cerca de su pieza. Eso sí...tenía que hacerlo entre las sombras de la tarde. En cuanto asomaba la luz del día, debía esconderse.

Una cosa había cambiado para él. Ya no estaba solo. Ahora tenía un compañero. Un perro negro con orejas, cola y patas blancas. Había llegado un día, de repente y decidió quedarse para siempre junto al joven. Este compartía con él sus alimentos y su cama. Era su único y fiel amigo. El animal era toda su familia. Pese a no poder hablar, logró emitir un sonido parecido a ... -“ ito ”- “ ito ”- con el cual trataba de decirle... “ bonito”.

A Pedrito, su bello hermano que ahora ya contaba con 7 años de edad, le estaba prohibido acercarse hasta la pieza donde estaba Ramiro.

Ambos, se miraban desde lejos. El pequeño sentía curiosidad por ese hombre que permanecía encerrado pero, no se atrevía acercarse.

Ramiro, en cambio, tenía sentimientos encontrados. Al

principio, sintió un fuerte rechazo hacia el niño cuando vio su bello rostro y después, al verlo caminar y jugar, un gran cariño nació en su alma porque sentía que el pequeño no tenía la culpa de su fealdad.

Un día, sus padres marcharon de madrugada. Salieron en silencio para no despertar a Pedrito. Iban hasta el pueblo más cercano. Durante dos años, ahorraron un dinero para comprar una sierra que funcionaba en base a parafina.

Esa herramienta los ayudaría en cortes rápidos de troncos y con ello, aumentaría su venta de leña.

Salieron confiados porque el trayecto de ida y vuelta era corto y no les tomaría más de dos horas.

Ramiro los sintió salir, pero no se levantó. El perro dormía a su lado.

El sol asomaba tímido detrás de los cerros y el canto alborozado de muchas aves saludaba la llegada de un nuevo día. Todo se transformaba por los variados matices de luz que pintaban el paisaje con un derroche de colores y tonalidades diferentes.

De pronto todo cambió. Un ruido sordo produjo un total silencio en el trinar de las aves.

Luego, varios temblores fueron la antesala de algo peor. La tierra se empezó a mover en forma violenta acompañada de ruidos subterráneos. Un gran terremoto sacudía los árboles y las plantaciones, derrumbando galpones y casas.

Aterrado, Ramiro se levantó y tomó al perro entre sus brazos. Corrió hacia un sector alto que tenía como base a milenarias piedras de gran tamaño. El sitio estaba a un costado del bosque.

Le faltaban menos de 200 metros para alcanzar el lugar donde se dirigía cuando, sintió los gritos y el llanto de su hermano pequeño.

Se detuvo y luego, corrió en dirección a la casa de sus padres. Vio como algunas paredes cedieron con los movimientos y luego, cayeron. Con su perro en brazos, entró en lo que quedaba de vivienda. Llegó hasta el dormitorio del niño que lloraba asustado, aferrado a los

barrotes de su cuna.

Lo alzó con una mano y con la otra, sin soltar al animal, corrió y corrió con los dos a cuestas, jadeando como si su corazón fuera a explotar.

Mientras corría, sintió que unos pequeños brazos rodeaban su cuello. Pese al temor que lo invadía, experimentó una grata sensación de afecto, quizás la primera que recordaba en toda su vida. Este gesto de su hermano pequeño lo emocionó y lo hizo olvidarse por unos segundos del terremoto. Luego, siguió corriendo hasta alcanzar la cima del montón de piedras.

Los temblores fueron disminuyendo hasta cesar casi por completo. Transcurrieron varios minutos. Seguía abrazando a su hermano y al perro. El pequeño ya no lloraba y el animal había dejado de aullar.

Entonces, se produjo un gran ruido acompañado de otro sonido parecido a mil carretas que arrastraban troncos o sacos con piedras. El perro comenzó de nuevo a aullar mirando en todas las direcciones. Ramiro de nuevo sintió miedo.

Tomó nuevamente al niño en brazos y esperó. No sabía que podía producir ese aterrador ruido.

Los dos hermanos no tenían idea de que muy cerca de donde ellos estaban, existía una represa donde se almacenaban millones de litros de agua para el regadío.

Tampoco podían imaginar que por la ruptura de una de sus paredes agrietadas por el movimiento sísmico, en ese momento escapaba una gran masa de agua aplastando todo a su paso en una extensión de casi dos cuerdas de ancho.

Casas, árboles, rebaño, todo era sepultado bajo el torrente. Ramiro vio con horror, la inmensa masa de agua venir en su dirección. Pese a su temor, imaginó por breves segundos, aquel mar que por tantos años miraba en sus revistas.

Cuando vio que el alud de agua aumentaba derribando todo a su paso, tomó al niño y lo puso sobre uno de sus hombros. Lo

mismo hizo con su perro.

Justo en ese momento, la fuerza de esa mezcla de agua, fango y piedras, lo empujó y arrastró por varios minutos. Tragó lodo y agua pero, la fuerza del torrente, no logró quitarle a su hermano y el perro.

Siguió luchando y nadando por espacio de casi media hora. La fuerza de la avalancha los llevó hacia unas alambradas ubicadas frente al viejo portón del cementerio. Al notar que las fuerzas estaban por abandonarlo, dio en la frente del niño, su primer beso de amor e hizo lo mismo con su perro. Acto seguido, decidió efectuar una temeraria y heroica acción...

.....

Pasaron tres horas. Hasta el lugar llegaron bomberos, militares y brigadas de socorro. También los padres de los niños y muchos vecinos.

Buscaron por varios sectores mientras gritaban - ¡ Pedrito ! - ¡ Pedritooooo ¡ pero, el menor no respondía. También llamaron varias veces a Ramiro...Ninguno de ellos respondía. Pasaban los minutos y no aparecían. Luego de media hora de búsqueda, la mayoría de los presentes pensó que los dos hermanos estaban muertos.

De repente, unos ladridos llamaron la atención. Provenían de un sector del bosque que terminaba junto al cementerio. Los brigadistas se dirigieron al lugar seguido de todos los presentes.

Lo que vieron les impactó. Frente a la reja del cementerio que aún estaba en pie, emergían dos brazos entre las ramas, escombros, agua y barro. Sobre uno de ellos, aferrado a los barrotes de la reja, estaba el pequeño y sobre el otro, con sólo la cabeza afuera del agua, estaba el perro Bonito.

Después de algunos minutos, los bomberos lograron rescatar al niño y al perro. Luego, trataron de sacar a Ramiro. Les fue imposible. El joven estaba hundido con su cuerpo rodeado de alambres de púa. Además, su cabeza yacía bajo el agua clavada en la punta de una rama, la cual le había perforado su boca y parte del cráneo.

Luego de varias horas, pudieron sacar su cuerpo. La conclusión sobre su muerte produjo conmoción. Muchos adultos se emocionaron hasta las lágrimas.

Se dijo que Ramiro al ver que el torrente aumentaba y él, resbalaba y se hundía, optó por girar sobre unos alambres de púa que flotaban a su alrededor para quedar amarrado a un poste que aún estaba en pié.

Después, para no quedar sumergido totalmente, clavó con fuerza su mentón en una filuda rama. Con esa heroica acción, mantuvo sus hombros a un nivel adecuado para que su hermano y su perro no quedaran bajo el agua y con ello, logran sobrevivir.

Para los allí presentes, este joven, pese a su dificultad para hablar, su fealdad y sus múltiples defectos, había dado una lección de valor y de amor a sus padres y a los habitantes de esa zona con su sacrificio y su heroica muerte.

-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-0-

INDICE

Presentación	7
Introducción	11
La revancha del águila	13
Lección de vida	17
Contar hasta cien	23
Casi tsunami	29
El pozo	33
El espejo y el viejo	35
La boina de Helga	39
Un licor dulce	45
El arcángel	49
Y se hizo mujer	55
La sonrisa final	59
Complicada confusión	65
Una pequeña carretela	69
Ventanas sin barrotes	75
Mario y el mar	79
La última pesadilla	85
Manolo	89
Cristo en el año 2.395	99
Adiós mundo cruel	113
El heroísmo de Ramiro	117

Este libro se imprimió en _____
de 2009, en la Imprenta Emelnor Impresores
Antofagasta - Chile